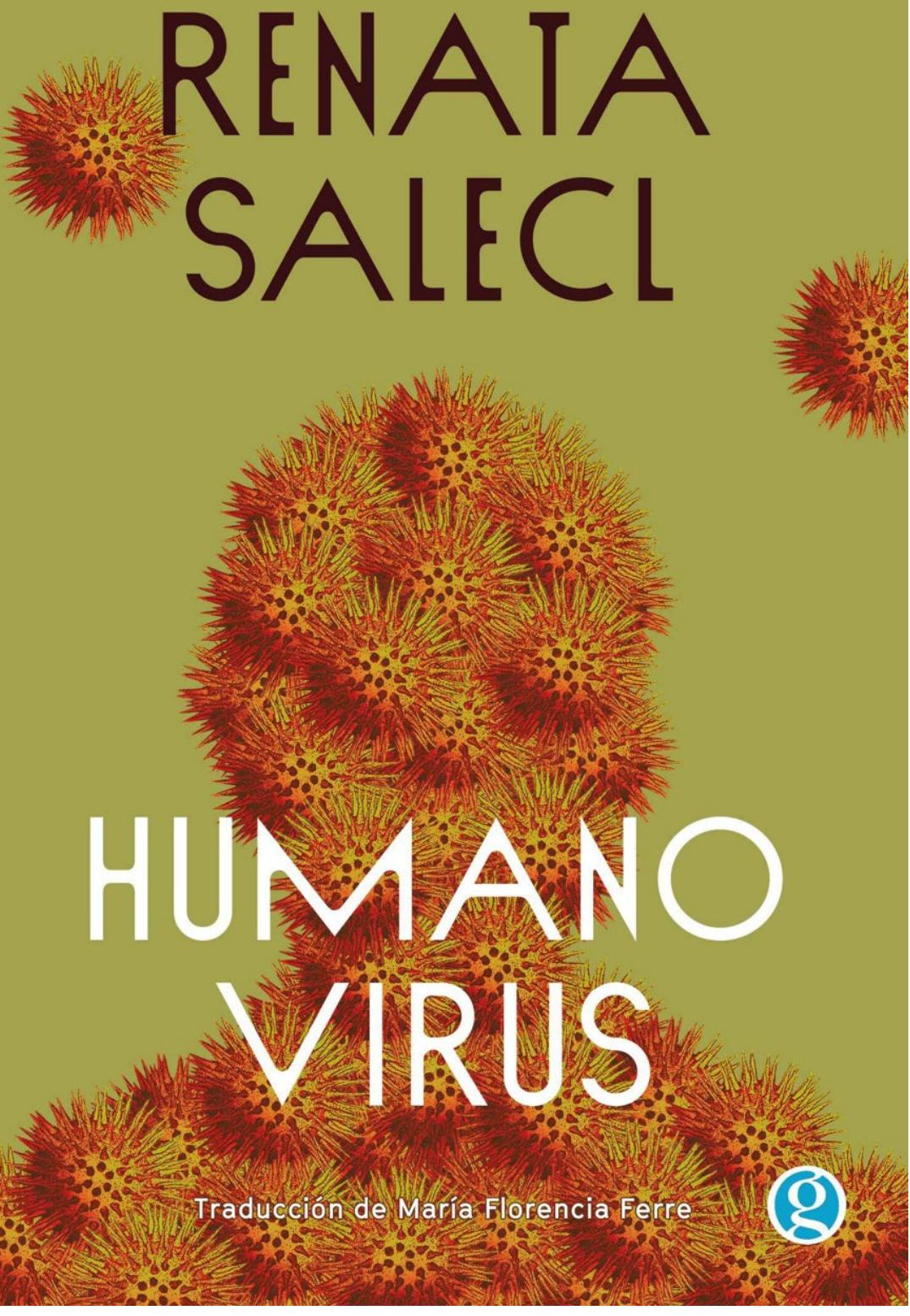


RENATA
SALECL

HUMANO
VIRUS

Traducción de María Florencia Ferre





RENATA
SALECL

HUMANO
VIRUS

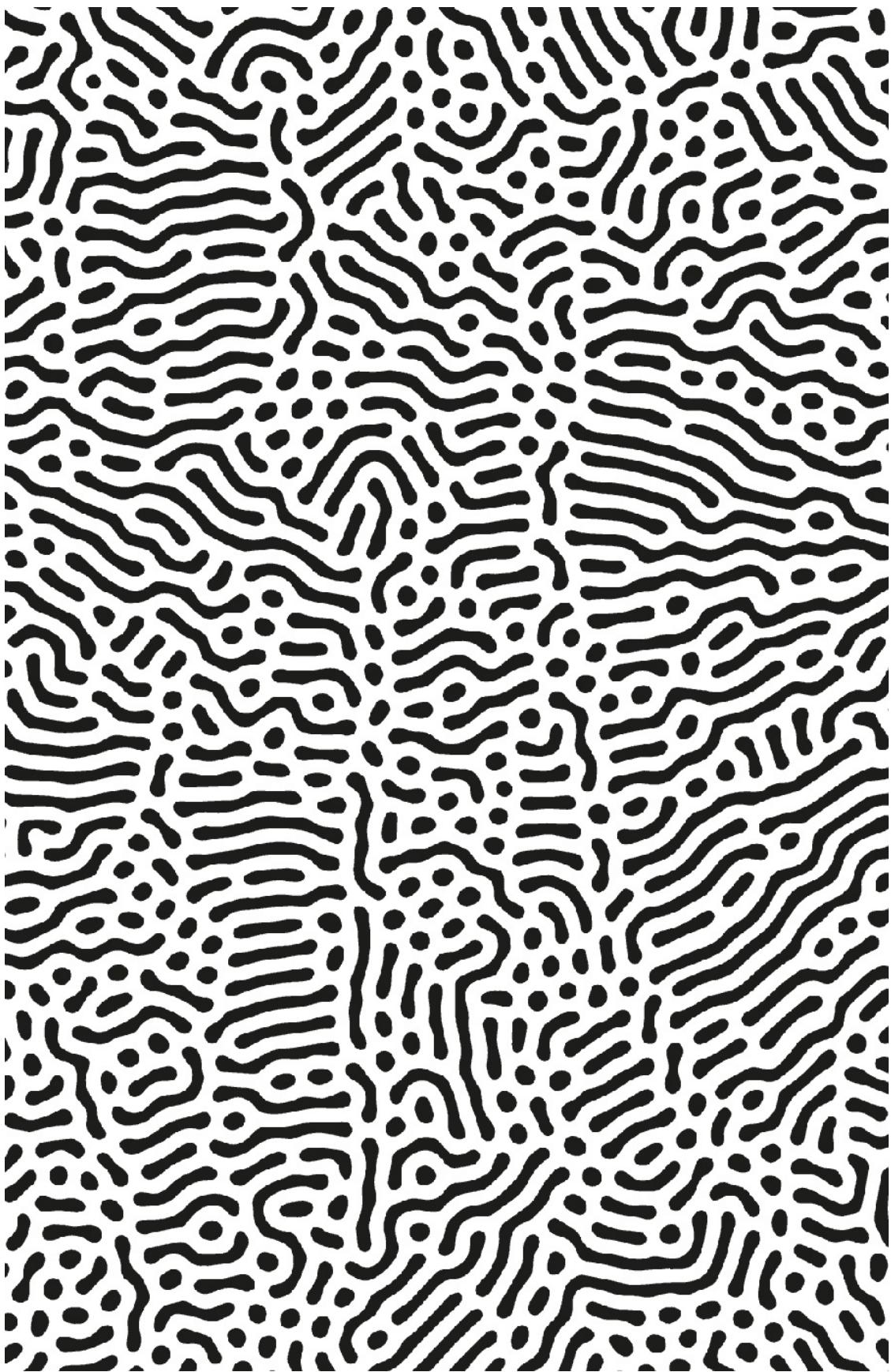
Traducción de María Florencia Ferre



Acerca de Renata Salecl

Renata Salecl nació el 9 de enero de 1962 en Eslovenia. Filósofa, socióloga y teórica jurídica, se desempeña como investigadora en el Instituto de Criminología de la Facultad de Derecho de la Universidad de Ljubljana y es profesora en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Todos los años da clases en la Facultad de Derecho Benjamin N. Cardozo (Nueva York), sobre psicoanálisis y derecho, y también dicta cursos sobre neurociencia y derecho. Sus libros han sido traducidos a quince idiomas.

En 2017, fue elegida como miembro de la Academia de Ciencias de Eslovenia. En Ediciones Godot, publicó Angustia (2018), El placer de la transgresión (2019), La tiranía de la elección (2022) y Pasión por la ignorancia (2022).





Página de legales

Salecl, Renata / Humanovirus / Renata Salecl. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2023. Libro digital, Otros

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8928-87-6

1. Filosofía Contemporánea. 2. Filosofía de la Ciencia. 3. Pandemias. I. Título.

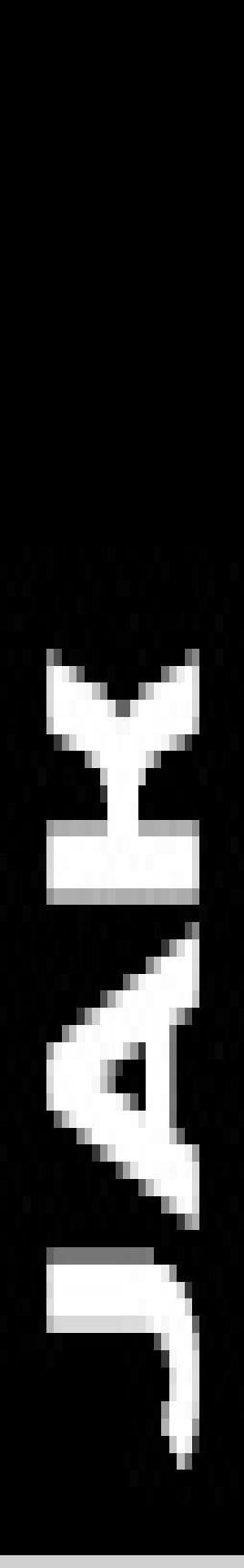
CDD 199

ISBN edición impresa: 978-987-8928-86-9

© Mladinska knjiga Založba, d. d., Ljubljana, 2020

© Editorial Godot, 2023

© de la traducción María Florencia Ferre



**SLOVENIAN
BOOK
AGENCY**

The translation was published with the support of the Slovenian Book Agency.
Esta traducción fue publicada con el apoyo de la Agencia Eslovena del Libro.

Título original Človek človeku virus

Traducción Florencia Ferre

Corrección Fabiana Blanco y Federico Juega Sicardi

Diseño de tapa Francisco Bo

Diseño de interiores Víctor Malumián

Ilustración de Renata Salecl Max Amici

© Ediciones Godot

www.edicionesgodot.com.ar

-
info@edicionesgodot.com.ar

-
Facebook.com/EdicionesGodot

-
Twitter.com/EdicionesGodot

-
Instagram.com/EdicionesGodot

-
YouTube.com/EdicionesGodot

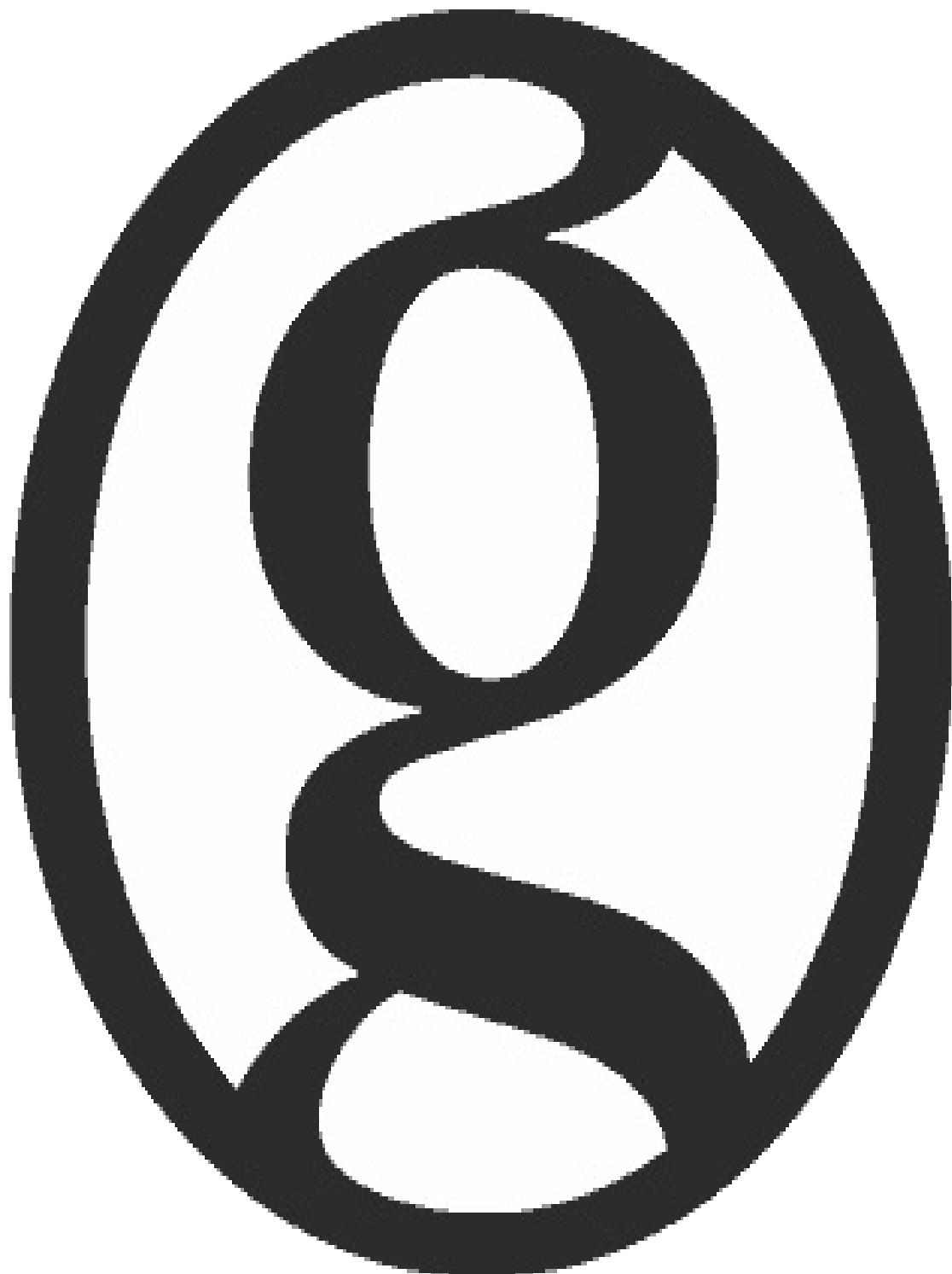
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
República Argentina, en septiembre de 2023

Humanovirus

Renata Salecl

Traducción

Florencia Ferre



Índice

[Prólogo a la edición en español](#)

[La jaula más preciada](#)

[No estamos todos en el mismo barco](#)

[El virus no hizo una declaración de guerra](#)

[El placer de los otros](#)

[Coronenvidia](#)

[No hay inmunidad contra la agresión](#)

[Barbijos y papel higiénico](#)

Cuánto vale la vida

-

El robot en tiempos de coronavirus

-

Nuevos códigos de comportamiento

-

Agradecimientos falaces

-

Obras citadas

-

Print Page List

8

-

9

-

10

-

11

-

12

-

13

-

14

-

15

-

16

-

17

-

18

-

19

-

20

-

21

-

23

-

24

-

25

-

26

-

27

-

29

-

30

-

31

-

32

-

33

-

34

-

35

-

37

-

38

-

39

-

40

-

41

-

43

-

44

-

45

-

46

-

47

-

49

-

50

-

51

-

52

-

53

-

54

-

55

-

56

-

57

-

58

-

59

-

60

-

61

-

62

-

63

-

64

-

65

-

66

-

67

-

68

-

69

-

70

-

71

-

72

-

73

-

74

-

75

-

76

Hitos

Tapa

Página de copyright

Página de título

Índice de contenido

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo

[Bibliografía](#)

[Colofón](#)

[Notas al pie](#)

Dedicatoria

Para mi madre, Hilda,

y en memoria de mi padre, Hubert

Prólogo a la edición en español

EN SEPTIEMBRE DE 2022, el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, declaró el fin de la pandemia. Admitió que el COVID-19 es algo con lo que tendremos que convivir en el largo plazo. Sin embargo, ya no se trata de una pandemia. Cuando se hizo este anuncio, yo estaba en una visita de investigación en Japón, y allí todo el mundo usaba barbijo todo el tiempo. Los taxistas llevaban barbijo aun cuando no llevaran pasajeros; la gente lo usaba mientras hacía ejercicio en el gimnasio, caminaba por el parque o andaba en bicicleta por la ciudad. Incluso los niños pequeños usaban barbijo. Solo después de tomarse la temperatura y desinfectarse las manos estaba permitido entrar a los hoteles y a muchos restaurantes. Muchas personas que trabajaban en el ámbito público usaban máscaras plásticas sobre sus barbijos y a veces incluso anteojos especiales de protección. Aunque ninguna ley las obligaba a cubrirse, no llevar barbijo en público era percibido como una falta de ética. Durante mi estadía, el país estuvo en gran medida cerrado al exterior. Podía visitarse solo por razones de trabajo o en un tour organizado. Había muy pocos extranjeros, y ellos también seguían las reglas no escritas del Covid.

Mis anfitriones japoneses no podían entender que en mi país, Eslovenia, así como en muchas partes de Occidente, las personas no quisieran vacunarse una vez que hubo acceso a la vacunación. Unos percibían la vacunación como una cuestión de elección individual; otros, los vacunados, como una cuestión de elección social. Aceptaban que la pandemia solo podía derrotarse si las personas trascendían sus ansiedades y deseos y procuraban protegerse a sí mismas, a los demás y a la sociedad. Mis interlocutores japoneses consideraban también que la vacunación se hacía porque era un requisito para salir de la pandemia, y no algo facultativo.

¿Cómo es posible que en el momento de la pandemia hubiera ideas tan diferentes sobre lo que es la elección? Desde los tiempos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, en Occidente la gente viene escuchando que no hay sociedad, que los individuos son totalmente responsables de su estado de salud y que su éxito y su felicidad están relacionados con sus elecciones. En especial la salud ha sido entendida como una cuestión de elección personal. Cuando las personas se enferman, a menudo se las acusa de que ese es el resultado de las

malas elecciones que hicieron en el pasado. Se les recuerda que no llevaron un estilo de vida saludable, que no se alimentaron de manera adecuada, no hicieron actividad física o no limitaron su estrés. En algunos círculos, incluso, se ha difundido que curarse de una dolencia es una cuestión de elección. Así, suele escucharse que es necesario elegir sobreponerse a la enfermedad, trabajar duro para cambiar malos hábitos y tener pensamientos positivos.

El otro lado de la ideología que pone la elección en un pedestal llevó a un aumento de la ansiedad, la culpa y la inadecuación. La gente se debate con las preguntas: ¿y si estoy tomando la decisión equivocada? ¿Por qué otros obtienen mejores resultados con sus elecciones? ¿En qué información podemos confiar cuando tomamos nuestras decisiones? Y, cuando las cosas no van bien en sus vidas, las personas a menudo se culpan a sí mismas por la falta de éxito, aunque la pobreza y otros factores sociales puedan haber condicionado mucho sus decisiones.

Puesto que en Occidente se insiste en que todo en la vida de las personas es una cuestión de elección, no es sorprendente que esta haya desempeñado un papel esencial en las discusiones sobre la vacunación. Cuando escuchamos constantemente lo importante que es tomar las decisiones correctas, en especial cuando se trata del cuerpo, lo que estamos poniendo en nuestros cuerpos y a quién escuchar sobre el tema de la vacunación pueden resultar cuestiones de una angustia abrumadora para algunas personas.

La toma de decisiones individual está influenciada por las decisiones que toman los viejos y los nuevos tipos de autoridades. Los dirigentes políticos, las personalidades de los medios y los influencers de Internet tienen el poder de cambiar la opinión pública con las elecciones que hacen en sus vidas. Si personas influyentes en sus comunidades se vacunan, esto impacta en la actitud de los demás hacia las vacunas. Para algunos, ver sufrir por el COVID-19 a sus seres queridos, en particular a sus hijos, puede haber sido también un incentivo para elegir vacunarse.

Mientras muchos países occidentales abrazaron el individualismo con pasión a la hora de vencer el Covid y, como resultado, sufrieron la pérdida de un gran número de vidas, muchos países asiáticos eligieron el completo aislamiento, con algunas medidas impuestas por el Estado y otras —como el barbijo en Japón— tomadas por la población misma. Sin embargo, uno de los puntos relacionados con la pandemia, a menudo ignorado, es que muchos gobiernos en el mundo la

usaron para sus fines políticos. Como resultado, la vigilancia creció drásticamente y muchos gobiernos introdujeron leyes de emergencia que permitieron violaciones a los derechos humanos y erosionaron los principios de la democracia.

El COVID-19 ha provocado un cambio sin precedentes en las sociedades. Y podría suceder que muchos países siguieran ejerciendo la vigilancia que introdujeron durante la pandemia o que restringieran los derechos humanos en nombre del riesgo de una pandemia futura aun cuando no haya ninguna en el horizonte. La pandemia ha provocado un cambio en las personas también. El daño psicológico que experimentaron —en particular los jóvenes—, en el período más crítico, cuando vivían de aislamiento en aislamiento, podría tener efectos permanentes en la salud mental de algunos de ellos.

Cuando me iba de Japón, me preguntaba si allí se dejaría de usar barbijo alguna vez; parecía que este se había vuelto su segunda piel. Sin embargo, las personas cambian, y también aman la negación y la ignorancia. Por eso, de visita en la isla de Hokkaido, me reía mientras caminaba por las calles de una ciudad chica con muchos locales pequeños de comidas. Los jóvenes usaban riguroso barbijo mientras estaban afuera, pero se los quitaban de inmediato cuando se apiñaban dentro de los minúsculos restaurantes. Dudo mucho que esas personas creyeran que el virus solo podía atacarlos afuera. Es probable que entre amigos no se preocuparan mucho por la pandemia, pero que afuera tuvieran miedo de romper las reglas sociales no escritas.

La jaula más preciada

¿DESEA FESTEJAR SU CUMPLEAÑOS desde el cómodo asiento de su auto? ¿Tal vez prefiera organizar su boda, la cena de Nochebuena o alguna otra celebración en el parking? En tiempos de pandemia, aparecieron en el mundo nuevas empresas especializadas en este tipo de fiestas. Hasta el peinado se puede mejorar con un peluquero drive-in. No hace falta salir del auto en absoluto para comprar comida, medicamentos, sacar dinero del cajero automático o hasta comprar un ramo de flores. Incluso han vuelto los cinematógrafos al aire libre. La capital de Lituania, Vilna, transformó en autocine una simple pista de aterrizaje.

Si resulta difícil trabajar en casa por los gritos de los niños, podemos transformar el auto en oficina. Compramos por Internet una mesa portátil que se coloca sobre el volante y un aparato especial de café expreso para automóviles, y hasta un frigobar que, de ser necesario, cambia su función a calentador de alimentos. Los especialistas del trabajo en el auto recomiendan ubicarlo frente a la casa (si es que tenemos casa propia, por supuesto), o frente a la biblioteca pública, para conectar la computadora a la red, si el teléfono no nos permite trabajar con gran cantidad de datos.

Con el nuevo coronavirus, el automóvil se ha transformado en la jaula más preciada. En él estamos a salvo del peligro de la propagación del virus, y a la vez podemos salir y eludir la fastidiosa cuarentena en casa. Si hasta hace poco aún fantaseábamos con un futuro con el menor número posible de automóviles individuales y la mayor oferta posible de medios de transporte público, la pandemia volvió a poner el automóvil en el podio como medio de transporte imprescindible. En Estados Unidos, la gente solía comprar autos sin ir a verlos o probarlos, del mismo modo que hoy compramos ropa y tantas otras cosas por la web. En Israel, el 34% de los consultados expresó que en el futuro usará más a menudo el automóvil¹

-. Solo podría disuadirlos la instalación de un sistema de pago para el ingreso al centro de la ciudad, como existe en Londres.

Durante la pandemia, la televisión estaba llena de publicidad de autos. Algunos avisos intentaban persuadir a los compradores de que en condiciones adversas es necesario ser independiente, otros subrayaban la seguridad, y otros insinuaban que en tiempos de crisis hay que saber qué es de veras importante.

Al comienzo de la pandemia, los expertos estadounidenses en publicidad recomendaron a los vendedores de automóviles que dejaran de usar los viejos anuncios que ofrecían distintos descuentos o subrayaban la gran diversidad de elecciones posibles, y que interpelaran a los potenciales compradores con mensajes que ofrecieran ayuda. El lema del anuncio debía ser: “En tiempos de crisis estamos junto a ustedes”. O también: “Ayudamos a la comunidad”. De modo que los asesores de marketing sugirieron a los comerciantes de automóviles que sus empleados comenzaran a distribuir alimentos entre quienes no podían salir de sus domicilios, que fueran a la farmacia en lugar de los ancianos o que ayudaran a la comunidad de algún otro modo. Si por un lado existía la convicción de que justamente el auto propio podía protegernos del virus, por el otro crecía el temor de que por causa de la crisis económica comprar automóviles no fuera exactamente una prioridad para los consumidores. Pero podía suceder que en adelante alguno recordara que un vendedor de automóviles le había traído comida cuando su movilidad estaba limitada y que después, cuando decidiera comprar un auto, primero acudiera a ese mismo vendedor.

En Estados Unidos, los publicistas de otros tipos de anuncios también se adaptaron rápidamente. Antes de la pandemia, la publicidad de Kentucky Fried Chicken²

- afirmaba que sus pollos eran tan buenos como para chuparse los dedos, y los vendedores de cerveza destacaban que su bebida era la clave de toda buena reunión de amigos, pero durante la pandemia esos avisos cambiaron por otros que subrayaban el amor a distancia, por ejemplo, con la ayuda de un bocado de chocolate Hershey o en un hogar cómodamente equipado con el amoblamiento de Ikea. El sector automovilístico de Motor City, como se conoce a la ciudad de Detroit, incluyó en su spot publicitario el texto “Cuando el motor se detiene”. Los espectadores miran las calles vacías de Detroit mientras la voz en off les dice que la gente no se ha detenido por temor, sino por amor.

Cuando se suspendió la circulación de los medios de transporte público, el auto resultó para muchas personas un medio de transporte indispensable que les

permitía ir a sus lugares de trabajo o salir de compras, pero además, durante la restricción de la libre circulación, se volvió también un objeto vigilado. En los países en que se restringió mucho la libre circulación de la población, con cada restricción aumentó el número de personas que fotografiaban las patentes de los autos que se encontraban en zonas “prohibidas”, o que llamaban a la policía si algún conductor era sospechado de haber infringido la cuarentena. En Eslovenia, un hombre que durante la circunscripción al desplazamiento dentro de la comuna se cruzó por unas horas a la comuna vecina para hacer algo en su casa de fin de semana recibió la visita de la policía en el lapso de una hora. Para su gran sorpresa, se enteró de que la policía había recibido no una, sino siete llamadas para denunciar su infracción.

En uno de los estacionamientos eslovenos, un auto tenía detrás del limpiaparabrisas una hoja grande de papel con la leyenda: “¡Usted está infringiendo las normas! El ciudadano Franci”. La dueña del automóvil empezó a pensar qué era lo que había hecho mal. Había ido de compras a dos grandes tiendas de alimentos que compartían el estacionamiento, tenía el barbijo puesto y guantes en las manos. En ambas tiendas, había respetado la distancia recomendada entre compradores. Dado que estaba en un estado de embarazo avanzado, se había cuidado especialmente de estar el menor tiempo posible dentro de la tienda. El registro de patente de su automóvil indicaba que venía de una comuna vecina, pero la vivienda de esta persona estaba en la comuna donde se encontraba de compras.

La gravosa advertencia en el parabrisas hizo pensar a la mujer que tal vez un ciudadano la había observado a escondidas en la tienda. Tal vez esta persona consideraba que una embarazada no debía ir de compras en tiempos de crisis. Quizás solo vigilaba el estacionamiento y marcaba con su advertencia sin prisa y sin pausa a todos los autos que tenían patentes de otras comunas.

El virus que provocó la pandemia no es solo un agente, a la vez vivo y muerto, algo que se multiplica solo cuando encuentra un huésped, sino un fenómeno que ha cambiado en forma radical las relaciones entre las personas. Por eso, el sociólogo estadounidense Alexis Shotwell dice que el virus es en realidad una relación y que, cuando por causa del virus se anuncia la pandemia, pasamos al campo de las relaciones sociales³

. La disposición de las restricciones empieza a formar no solo nuestra relación

con el virus, sino también con nosotros mismos y con nuestros conciudadanos. Shotwell advierte que hasta cierto punto es comprensible la reacción de los estados, que comienzan a cerrar las fronteras e intentan circunscribir el virus fuera de las fronteras del país; el problema está en que la lógica del cierre y la restricción lleva rápidamente a prácticas de vigilancia, policiales, que dan la sensación de que con el riguroso cierre de la frontera y la restricción a la libre circulación se puede dejar a la gente “mala” fuera de la frontera y así evitar que se afecte a la “buena” gente fronteras adentro. Así se forma una cierta relación policial con el propio virus, que pronto comienza a practicar la gente misma, cuando llama a la policía si los vecinos tienen una fiesta, o cuando exige que se encierre a quienes amenazan la salud de los demás. Las personas que ya de por sí son a menudo objeto de persecución en las fronteras por parte de la policía y los gendarmes pronto se transforman ellas mismas en policía.

No estamos todos en el mismo barco

AL COMIENZO DE LA pandemia, se habló mucho de que todos estábamos en el mismo barco y de que todos éramos iguales ante el peligro que representaba el virus. A ello contribuyó también el hecho de que unas cuantas estrellas del espectáculo, dirigentes políticos e incluso miembros de la nobleza enfermaron de coronavirus. Cuando los medios empezaron a escribir sobre el contagio de Tom Hanks, el príncipe Carlos y el premier británico Boris Johnson, daba la impresión de que el virus no distinguía entre ricos y pobres. Pero rápidamente se reveló que en la mayoría de los países enfermaban los pobres en mayor proporción. En Estados Unidos, el virus asoló con fuerza descomunal en la población negra y originaria, y ambos grupos están entre los habitantes más pobres del país. El acceso a los servicios de salud y a los testeos, la posibilidad de aislarse o la necesidad de salir a trabajar influyeron fuertemente en quién enfermaba y quién sobrevivía. Los barcos en los que estábamos eran muy distintos. Unos estaban en botes inflables perforados y otros, en yates. Los ricos que atravesaron la cuarentena en yate sin duda esperaban que los pobres salieran de todos modos de sus botes inflables y vinieran a trabajar para ellos. Y estos últimos muchas veces no tenían otra opción.

Junto a esa mezcla de ricos y pobres, apareció el debate de quién contagiaba a quién. En Estados Unidos, algunos ricachones se atrincheraron en sus propiedades lejos de la civilización. Antes de la oleada de ricachones, en esos lugares no había demasiados contagios. Y pronto el virus comenzó a extenderse en los pueblos pobres. Los habitantes de esos pueblos no podían permitirse dejar de trabajar como personal de servicio en las casas de los ricos, y estos últimos no se preocuparon demasiado por haber traído el virus a cuestas al llegar a sus fincas.

En Italia y Francia, también hubo gran enojo hacia los ricos de la ciudad que al comienzo de la pandemia se mudaron a sus casas de campo. Los ricos no tardaron en encontrarse con la confrontación abierta, incluso con pancartas: “No nos traigan sus virus” o “Regresen a sus ciudades y llévense el virus con ustedes”.

En Francia, las columnas de las escritoras Leïla Slimani y Marie Darrieussecq

provocaron un gran enojo; describían la vida cotidiana en sus casas de fin de semana en la zona rural de Francia. En *Le Monde*, Leïla Slimani escribió que disfrutaba del bello entorno natural, que se despertaba mirando las montañas junto a sus hijos y les decía que estaban viviendo una especie de versión de *La bella durmiente*. Del mismo modo, Marie Darrieussecq escribió en *Le Pointe* acerca de la belleza del paisaje natural alrededor de su casa de veraneo; agregaba que al llegar había ocultado su auto con patente parisina en el garaje y se movía con un auto destartalado de patente local para no hacer enojar a los habitantes del pueblo. Las dos escritoras jalonaron sus relatos con fotografías del intocado paisaje natural que se veía desde sus domicilios de cuarentena. Cuando también muchos otros ricachones comenzaron a publicar en Instagram las fotos de sus residencias de fin de semana, en las redes sociales francesas se desató una andanada de críticas. En respuesta, los franceses pobres empezaron a publicar fotografías de los muros y casas en decadencia que se veían desde sus pequeños departamentos de ciudad y comenzaron a escribir en blogs sobre la vida familiar en unidades habitacionales de unos pocos metros cuadrados.

El virus no hizo una declaración de guerra

EL FILÓSOFO CAMERUNÉS ACHILLE Mbembe dice que el virus se transformó en un arma. Cuando salimos de casa, puede atacarnos o podemos pasárselo a otros. Así que todos somos un peligro de muerte para los demás. Aunque con el virus el poder de matar se ha democratizado, el aislamiento se ha vuelto la forma de regular ese poder. Si bien algunas personas pueden aislarse, otras no pueden hacerlo, ya sea por causa de la pobreza o porque desempeñan tareas de los así llamados trabajadores esenciales⁴

. De modo que las consecuencias de largo plazo del contagio están fuertemente ligadas al estatus social de los contagiados. En los países con gran desigualdad social, enfermaron proporcionalmente más las personas de piel oscura, los originarios, los migrantes y sobre todo los pobres. En los Estados Unidos, los análisis demuestran que estos grupos padecen mucho más que los ricos enfermedades tales como diabetes, hipertensión, dolencias respiratorias y obesidad, todo lo cual representa para el individuo un riesgo de vida mayor ante el contagio con el nuevo coronavirus. En Nueva York y Chicago, nueve de cada diez habitantes que murieron de COVID-19 padecía al menos una enfermedad crónica preexistente.

La mayoría de estas personas está entre los grupos más pobres de la población. Desde hace ya décadas, los pobres tienen menor acceso a los cuidados sanitarios, a una alimentación saludable, y muchos viven cerca de complejos industriales cuyas zonas aledañas están muy contaminadas. Además, por causa de la inestabilidad económica, padecen mayor estrés y muchos de ellos se enfrentan también a la violencia racial sistemática.

Achille Mbembe subraya que la lógica de la victimización está en el corazón mismo del neoliberalismo, por eso sostiene que debería llamárselo necroliberalismo⁵

. En efecto, este sistema siempre funcionó sobre la base del cálculo de cuánto vale quién y quién vale más que el otro. Aquellos que no tienen valor, por

ejemplo los viejos, los pobres, los grupos minoritarios y los negros, pueden echarse por la borda sin problema.

El COVID-19 provoca problemas respiratorios, pero ya antes del virus la humanidad se ha visto amenazada de asfixia⁶

-

. Si debemos denominar guerra a la lucha contra el virus, entonces, como afirma Mbembe, hay que declarar la guerra a todo lo que condena a la mayor parte de la humanidad a dejar de respirar prematuramente: al impacto en la biosfera, a la contaminación atmosférica, a la aniquilación de la vida de las personas por el deseo de ganancias.

Y aunque con la llegada del nuevo coronavirus se habló mucho del renacimiento de lo comunitario, Mbembe advierte que en el clímax de la epidemia quedó demostrado que sería imposible. Da el ejemplo de cómo se trató a los muertos: en muchas partes parecía que las autoridades se ocupaban del tema como de la recolección de residuos, tratando de deshacerse de ellos lo antes posible. Esta lógica de separación apareció justo cuando —al menos teóricamente— las personas más necesitaban de su comunidad. El problema es que en realidad no hay comunidad si las personas no pueden despedirse de los que parten, si no pueden organizar un funeral.

La sociedad se reorganiza cuando se enfrenta a las epidemias. Es lo que en el pasado ocurrió cuando apareció la peste, la gripe española y el sida. Esta nueva organización provoca una división entre aquellos a quienes hay que salvar y aquellos cuya vida no es necesario salvar. Toda epidemia construye también una imagen de un cuerpo imaginario que hay que proteger del virus que viene de aquellos a quienes se adjudica la mayor responsabilidad por el virus. A menudo suelen ser los migrantes y otros extranjeros, y en el caso de los virus de transmisión sexual, los homosexuales y otras personas sospechadas de tener una vida sexual “promiscua”.

El concepto de inmunidad desempeña un papel importante en esta vigilancia. Por un lado, tenemos la idea de la inmunidad de la población como tal ante los extranjeros, en particular los migrantes. Por otro lado, se trata de la inmunidad del individuo que combate en su cuerpo a un cuerpo extraño, por ejemplo, las bacterias y virus. Por su aspecto, las personas empezaron a parecerse cada vez más a una suerte de Robinsones que lucharán por sobrevivir en un medio salvaje.

No es raro que en tiempos de coronavirus se haya forjado una nueva moda y una nueva imagen de los individuos. Era importante mostrarse un poco descuidado. Muchos hombres empezaron a dejarse la barba. Como no era posible ir a la peluquería, apareció la nueva moda de los peinados de cabello largo algo desprolijos. También cambió la imagen de la vestimenta que las personas mostraban en sus apariciones en las plataformas de Internet o en las redes sociales. El atuendo parecía casual, a mitad de camino entre la ropa deportiva y de tiempo libre.

La situación social más amplia y el modo en que el individuo se enfrentó al virus dieron forma durante la pandemia a una nueva idea de subjetividad, muy individual y que se relaciona con otros sobre todo a través de Internet. Para el filósofo español Paul B. Preciado, el fallecido propietario de la revista Playboy, Hugh Hefner, es un predecesor de esa subjetividad. Hefner, en efecto, vigilaba su imperio por Internet, aislado en su mansión.

Preciado afirma que con la formación de la nueva idea de subjetividad se constituye también un régimen “farmacopornográfico” que moldea y vigila los cuerpos de una sociedad determinada y a la población como tal. Claro que estos análisis del cambio de la subjetividad en tiempos de la crisis del coronavirus son aplicables solo a una parte de la población: aquella que puede aislarse, y no aquella que debió seguir trabajando durante la pandemia⁷

-

.

El psicoanalista francés Erik Porge se preguntaba por el significado del uso del término “guerra” para designar la lucha contra el virus. Está claro que el virus no es un enemigo visible. El virus no habla. De modo que la alusión a la guerra es una expresión performativa: la expresión misma resulta una acción y la declaración de guerra es en realidad unilateral. El virus no nos declaró la guerra. Y junto a la importación del discurso bélico hay también una guerra del lenguaje.

Porge afirma que, por un lado, la guerra contra el virus invisible tiene una especie de lógica del universal (el virus puede atacar a cualquiera), y al mismo tiempo, dentro de ese universal, hay una bifurcación, porque todos sospechamos de nuestro vecino y hasta de nosotros mismos como portadores en potencia del virus. Y es justamente esta sospecha lo que más influye en la lucha con el virus. Este último puede estar a la vez adentro y afuera. Por un lado, luchamos contra

él como si viniera desde afuera, pero de hecho el virus bien puede estar dentro de nosotros mismos⁸

-

.

El placer de los otros

LA ESCRITORA ESTADOUNIDENSE LESLIE Jamison describe cómo atravesó la enfermedad sola con su pequeña hija. Como madre de una familia monoparental, luchó con la enfermedad y a la vez cuidó como mejor pudo de su hijita, que quería jugar por sobre todas las cosas, y que era imparable en su deseo de conocer el mundo. Una madre agotada por el virus relee a su hija por enésima vez cuentos de conejos, osos, serpientes y ovejas, mientras la hija se deleita desparramando crema por el suelo y mira a la mamá limpiarlo con un trapo. Leslie Jamison dice: “El virus es mi nueva pareja, nuestro tercero en el departamento, se abraza húmedo a mi cuerpo por la noche”⁹

Esta madre se despierta de noche empapada en sudor, de día apenas puede tenerse en pie. Por eso la enoja ver por la ventana a cuatro adolescentes que pasean de la mano como si dijeran al mundo: nos importa un bledo que nos digan que no lo hagamos. Cuando Leslie Jamison piensa en gritarles por la ventana que dejen de hacer eso, se da cuenta de que moralizar acerca de que los demás no sigan las reglas de distancia social es solo nuestra forma de enfrentarnos a nuestros miedos y de justificar nuestra propia victimización.

En Eslovenia, un fin de semana antes de la restricción a la circulación en la propia comuna, los medios competían para ver cuál de ellos iba a atrapar más personas con su cámara en el mar o en el lago de Bled. En los informes de la televisión, veíamos a personas paseando, sentadas en los bancos y hasta en grupos de pícnic junto a algún río. El problema era que volvían a aparecer siempre las mismas filmaciones y que la cámara filmaba con alevosía a la gente para que pareciera que iban en grupos, y no individualmente o con su círculo familiar. Frente a la posibilidad de vigilancia que nos dan las nuevas tecnologías, cabía preguntarse cómo es posible que las filmaciones no fueran acompañadas de ningún dato, cómo no sabíamos cuál era la cantidad de paseantes, por qué no teníamos filmaciones hechas con drones que pudieran mostrar desde lejos cuán llenos estaban los paseos, y dónde estaban las cámaras de seguridad que probablemente registraban los movimientos de las personas y con las cuales se

habría podido saber tanto el número de transeúntes como el horario en que más acudían. Ante la restricción de la circulación a la comuna, también las autoridades comunales apelaron a los medios, y no a los datos de cuántas personas habían infringido la cuarentena con sus paseos por las costas de los lagos o el mar.

El discurso de las autoridades que acompañó el cercenamiento de los derechos en la cuarentena destacó con fuerza en tonos y medios tonos el problema del placer. La idea era que unos disfrutaban a costa de otros. Unos eran obedientes y otros, dísculos; unos se encerraban en los departamentos, y otros paseaban por la costa. El vocero del gobierno Jelko Kacin dio en el clavo cuando en sus intervenciones advertía que ya habría tiempo después de la cuarentena para apretujarse en los bancos de las plazas.

También la liberación paulatina de la restricción a la libre circulación giró en torno al placer. Primero, el permiso de moverse estaba ligado al disfrute de los inmuebles, porque solo obtuvieron autorización para atravesar el límite de la comuna quienes podían probar ser propietarios de casas de fin de semana o parcelas en otra comuna. Luego comenzó a subrayarse que las visitas a las propiedades estaban permitidas sobre todo cuando debíamos hacer algún trabajo en la propiedad. Podíamos ir al terreno para hacer tareas de cultivo, al bosque si había que recoger ramas, y no por placer. Un paseo por el propio campo o bosque no era suficiente razón para traspasar la comuna.

El psicoanalista francés Jacques Lacan escribió mucho sobre el problema del placer. La gente tiene en general la sensación de que los demás disfrutan a costa de uno. Muchas veces entendemos el placer del otro de un modo bastante paradójico. Así, tildamos a los migrantes de haraganes y a la vez afirmamos que nos roban los puestos de trabajo. El psicoanálisis destaca que es un error la idea de que vamos a obtener más placer si se lo prohibimos a los otros. De todos modos, percibimos la satisfacción como algo de lo que hemos privado a otros. Tal satisfacción está vinculada con el sentimiento de envidia. Cuando envidiamos algo a alguien, no necesariamente queremos tener lo que al otro le da placer. Se trata más bien de quitarle al otro el placer que suponemos que este tiene. Digamos por ejemplo que envidiamos el auto deportivo de un vecino. Tal vez no tenemos ganas de tener un auto así; sin embargo, nos daría gusto que le robaran el auto porque ese sería el fin de ese placer del vecino que tanto nos disgustaba ver.

Durante la cuarentena, observamos ese tipo de problemas con el placer. A la gente la enojaba que otros parecieran estar disfrutando. Pongamos por caso que no nos gustara en absoluto ir de paseo al lago de Bled, pero haríamos lo imposible para que los demás no pudieran ir. Quizá tampoco se nos da por trabajar la tierra, pero si a otro le da un gran gusto hacerlo entonces eso puede dispararnos sentimientos de envidia.

Coronenvidia

EN SU PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y ANÁLISIS DEL YO¹⁰

, Sigmund Freud vincula la justicia social con la formación de una especie de alma colectiva en la que las personas se perciben como iguales y en la que nadie sobresale por quién es o qué tiene. Esta exigencia de igualdad es para Freud la base de la conciencia social y el sentimiento del deber. De hecho, la justicia social significa que renunciamos a muchas cosas con la esperanza de que los demás también lo hagan o de que no puedan exigirlas. Freud destaca así que la idea de justicia social en realidad se origina en la envidia, y toma el ejemplo de los contagiados de sífilis que temen contagiar a otra gente. Su temor, de acuerdo con Freud, está ligado a deseos inconscientes de propagar su infección a otros. Resulta que estos enfermos se preguntan por qué solo ellos deben estar infectados y separados del mundo, por qué este horror no les sucede también a los demás. La tesis de Freud es que con la formación del sentimiento social estos sentimientos de odio cambian a lazos sociales de cariz positivo, y por lo tanto también el individuo se esfuerza por no contagiar a los otros.

En la masa, este cambio llega muchas veces bajo la influencia del lazo emocional con el conductor, que es percibido a la vez como parte de la masa y de algún modo fuera de ella. En su estudio de las masas, Freud destaca el caso del Ejército y la Iglesia, y su idea fundamental es que la identificación positiva entre los miembros del grupo está ligada a que tienen el sentimiento de que el conductor se comporta en forma igualitaria. Cuando el conductor privilegia a unos sobre otros, se destruye la identificación entre los miembros del grupo. Si se trata de un grupo de militares, esa destrucción de la estructura puede además acrecentar el sentimiento de angustia.

Si aplicamos esta tesis de Freud a la forma en que las masas se enfrentaron con la crisis del nuevo coronavirus, advertimos que ha ocurrido un cambio en las relaciones entre las personas, en el que se comprueba que los conductores privilegian a unos a costa de otros y en particular cuidan muy bien de sí mismos. Si al comienzo de la crisis hubo un llamamiento a la solidaridad y predominaba la convicción de que todos estábamos en el mismo barco, pronto se puso de

manifiesto que los que debían pilotear el barco ya desde el comienzo de la pandemia pensaban en las formas de sacar partido de ella.

Con la crisis del coronavirus, aparecieron muy rápidamente los que ganaron dinero con ella. En Eslovenia, como en otros países, hubo compras poco transparentes de elementos de protección sanitaria que permitieron grandes ganancias a empresas vinculadas con estructuras de poder. Por ejemplo, en Estados Unidos se constituyó un equipo ad hoc para el suministro de insumos médicos elegido por el yerno del presidente y asesor Jared Kushner. El equipo estaba formado en su mayoría por jóvenes financieros que nunca antes habían comprado insumos de protección sanitaria. Trabajaban gratis y elegían entre más de mil oferentes. Los medios estadounidenses obtuvieron la lista de empresas estadounidenses que habían prometido el suministro de elementos de protección chinos, y en algunas de ellas advirtieron la leyenda VIP. Resultó ser que estas empresas estaban vinculadas de diferentes maneras con el presidente y el partido republicano. Muchas habían hecho donaciones para la campaña presidencial de Trump. No es necesario pensar mucho para adivinar quién se quedó finalmente con el negocio, sin importar el precio o la calidad.

No hay inmunidad contra la agresión

SI EN MUCHOS PAÍSES la élite política y económica se comportó de manera corrupta, y se puso en evidencia que el sufrimiento de las personas se puede aprovechar para obtener rápidas ganancias, así también en la vida cotidiana predominaron nuevas formas de violencia vinculadas con la propagación planificada del contagio.

En marzo de 2020, Belly Mujinga estaba trabajando con una compañera en la boletería de tren en la estación londinense Victoria. Un comprador que afirmó que tenía COVID-19 empezó a escupir y toser sobre los rostros de las vendedoras. Después de unos días, ambas empleadas enfermaron de coronavirus. Belly Mujinga tenía una enfermedad respiratoria preexistente y estaba en el grupo de población de riesgo, de modo que surgió la pregunta por la conducta de sus empleadores, que sabían de su enfermedad y no la protegieron en su puesto de atención al público¹¹

Un ataque parecido ocurrió en Londres dos meses más tarde, cuando un pasajero no quiso pagar el precio del viaje al taxista Trevor Belle¹²

. El taxista insistió en que le pagara; el pasajero dijo que tenía coronavirus y comenzó a toser y escupir en dirección del taxista. Este último luego enfermó y murió por el contagio.

En otras partes del mundo, también se enfrentaron a ataques de personas presuntamente contagiadas. En Estados Unidos, hubo varios incidentes de compradores que comenzaron a toser y escupir en público sobre los productos en los supermercados, por ejemplo sobre frutas y verduras¹³

. En el estado de Missouri, la policía encerró a un hombre que lamió los objetos exhibidos en Walmart y gritó: “¿Quién le teme al coronavirus?”. También en

California una compradora fue a la cárcel porque lamía los productos del supermercado. Una mujer, que tosió sobre los artículos exhibidos en un centro de compras, se excusó luego diciendo que lo hacía en broma. Lo mismo dijo un policía que tosía sobre sus conciudadanos en Baltimore¹⁴

-

.

En Estados Unidos, hay una historia de casos de adulteración de productos en los comercios. A menudo se ha tratado de la alteración intencional del contenido de los productos en venta. En la década de 1980, existió el llamado envenenador de Tylenol, que mezclaba cianuro a escondidas en las cajas de comprimidos de paracetamol de la marca Tylenol y a causa de lo cual murieron siete personas. El exdetective Rodney Whitchelo introdujo fragmentos de vidrio y hojas de afeitar, alfileres y soda cáustica en frascos de alimento para bebés de la marca Heinz, con la esperanza de demandar al fabricante y obtener una indemnización millonaria. Este tipo de acciones tuvo imitadores rápidamente; muchas empresas sufrieron grandes pérdidas cuando los consumidores dejaron de comprar sus productos asociados a esos ataques. El gobierno estadounidense designó a estos crímenes bajo el título “terrorismo de los consumidores”. Hubo incluso un caso de un hombre que fue condenado bajo la carátula de terrorismo interno por lamer productos en el supermercado y así amenazar la salud de los compradores¹⁵

-

.

Ya cuando en China se extendió el nuevo coronavirus aparecieron noticias sobre personas que intentaban propagar el virus escupiendo sobre otras.

Aparentemente, alguien atacó a un trabajador de la salud al comienzo de la pandemia. Sin embargo, hubo menos ataques en ese país que los que dejaban suponer las apariciones del tema en los medios. Muchas noticias sobre gente que escupía a los transeúntes en China resultaron falsas. Varias publicaciones en la web sobre tales ataques llevaban un video ilustrativo de un incidente que en realidad había ocurrido en 2018: dos comerciantes de la prefectura de Liangshan, en la provincia de Sichuan, discutieron ante el destacamento policial y en su enojo comenzaron una especie de duelo de escupitajos uno sobre el otro¹⁶

-

. La policía detuvo a ambos porque en China escupir sobre una persona en la vía

pública se considera un delito.

Algunos comentarios sobre el incidente afirmaron que escupir es menos violento que una pelea física; otros apuntaron que quien se jacta de ser un comerciante debe usar la lengua, y no los puños. Sin embargo, escupir puede ser entendido también como signo de desprecio: no solo no queremos usar palabras para esa persona, sino que ni siquiera queremos ensuciarnos las manos con ella. Con el escupitajo queremos humillar, denigrar lo más posible al adversario.

Sigmund Freud relaciona el acto de escupir con una forma de reacción negativa infantil hacia alguien cercano¹⁷

. También Melanie Klein relacionó el acto de escupir con la infancia, en particular con los fantasmas de la infancia, con sacarse la agresividad a través de escupir, morder o defecar. Cuando una persona adulta escupe, puede tratarse de una regresión a tales afectos infantiles, pero también puede tratarse de la forma en la que un individuo enfrenta su propia angustia y el deseo de perjudicar a los demás. Es muy posible que el individuo que obra de esa manera no pueda articular verbalmente determinados problemas inconscientes, y es posible también que en ciertos individuos se trate de un placer perverso por la violencia. Los psicoanalistas tenderían a ayudar al individuo que enfrenta el problema del virus escupiendo sobre las personas a través de la articulación de ese problema con palabras. Un consejo parecido dio el filósofo francés Bruno Latour para todo el espacio social¹⁸

, cuando dijo que es necesario articular verbalmente la angustia social vinculada con la pandemia.

Barbijos y papel higiénico

ANTE EL HECHO DE que el nuevo coronavirus se contagia en gran medida por el aliento y de que el individuo debe intentar evitar la propagación con el uso de barbijo, no es sorprendente que haya habido mucha violencia por la rebeldía contra el uso obligatorio de barbijo en los centros de compras y otros lugares públicos cerrados. En algunas partes de Estados Unidos, hubo entredichos entre guardias de seguridad y compradores que no respetaban la norma de entrar al comercio con el barbijo puesto. En Michigan, llegaron a usar las armas por causa del barbijo. Un guardia de seguridad exigió a una compradora que se pusiera el barbijo antes de entrar al comercio; la compradora se negó y volvió enojada a su casa. Cuando contó a su familia lo que había ocurrido, el esposo y el hijo volvieron armados al comercio y dispararon sobre el guardia de seguridad¹⁹

-

.

La columnista del periódico británico The Guardian Jessa Crispin se pregunta si acaso se llega a esas conductas porque las personas no pueden dominar su angustia. La angustia aumenta aún más porque las personas no encuentran en los dirigentes del país una respuesta sobre cómo comportarse en público. En efecto, muchos gobiernos dieron información contradictoria durante la pandemia acerca de cómo protegerse del virus y cómo evitar su propagación. Jessa Crispin subraya que en tiempos de incertidumbre las personas se vuelven hacia sus dirigentes y esperan que ellos les digan qué hacer. Cuando, por ejemplo, ven que sus dirigentes no usan barbijo, tampoco sienten la necesidad de usarlo ellos. Entonces, como durante la pandemia no podía esperarse que los dirigentes dieran el ejemplo, Jessa Crispin exhorta a la gente a reconocer que los barbijos son necesarios y a usarlos sin importar si sus dirigentes los usan o no.

En Estados Unidos, la cuestión del uso del barbijo se vinculó también con la cuestión de la libertad. Algunas personas contrarias al uso de barbijos afirmaban que su uso debía entenderse como una elección del individuo, y no como algo que otro le impone. Y cuando una compradora en un comercio neoyorquino se negó a usar el barbijo, empezó a gritar que vivía en un país donde se respetaban los derechos a la elección individual, y no en un sistema totalitario.

Al comienzo de la pandemia, los psicólogos estadounidenses se preguntaban cómo entender la compra masiva de papel higiénico al punto de desabastecer por completo de este producto a los comercios. Hace años, Randy O. Frost investigó la acumulación de determinados productos, y su tesis fue que las personas en general acumulan por tres razones: por un vínculo emocional o sentimental con determinado objeto, por una atracción estética hacia el objeto o por su utilidad²⁰

-

. Ante la acumulación de papel higiénico en tiempos de pandemia, estas explicaciones ya no le parecieron adecuadas, de modo que modificó su tesis: las personas comienzan a percibir algo como muy útil porque les resulta difícil enfrentar la imprevisibilidad. De modo que la acumulación de papel higiénico sería producto del temor ante lo desconocido, y no solo del hecho de que el papel higiénico es útil²¹

-

.

La psicoanalista freudiana Andrea Greenman intentó encontrar el origen del deseo de acumulación de papel higiénico en la relación infantil con las propias heces y con el deseo de controlar la defecación. Como por causa de la pandemia perdimos el control, parecería tener lugar una regresión a un estadio anterior infantil. Como si viviéramos con la ilusión de que con un gran acopio de papel higiénico no vamos a perder el control y no vamos a estar indefensos²²

-

.

Freud observó la relación infantil con las propias heces a la luz de la relación que el niño tiene con sus padres. En la fase anal de su desarrollo, cuando el niño aprende a defecar en el baño o en un orinal, puede tener la impresión de que sus padres perciben sus heces como una especie de regalo. En la etapa anal, las heces están también asociadas con el dinero. Por esta interpretación de Freud, un café de Australia decidió recibir papel higiénico en lugar de dinero. Un café costaba tres rollos de papel; para un kilo de granos de café había que desembolsar 36 rollos de papel²³

-

.

La asociación de la agresión con la infección no es algo nuevo. Es sabido que, en tiempos de la peste medieval, los sitiadores de las fortificaciones de las ciudades arrojaban a veces los cuerpos de los muertos por sobre las murallas para contagiar a propósito a sus enemigos. Cuando el VIH apareció en el mundo, algunos contagiados tenían a propósito relaciones sexuales sin protección y propagaron así el virus a los demás. En Estados Unidos, en el peor momento de la epidemia de este virus había fiestas en las que hombres no contagiados jugaban una especie de ruleta rusa para exponerse al virus. Algunos lo hacían por la convicción de que de todos modos no iban a poder evitar el contagio, y por eso no tenía sentido protegerse. Otros, que tenían muchos amigos contagiados, se sentían una especie de oveja negra y se exponían al virus con premeditación para parecerse a ellos.

La mayoría de los países tiene leyes sobre enfermedades contagiosas que tipifican como delito la exposición intencionada de otras personas al contagio. Incluso si algún país no posee una regulación particular sobre enfermedades contagiosas, tiene, como todos los demás, leyes generales que penalizan los ataques que provocan daños corporales graves y la amenaza a la vida sin motivos justificados, y pueden usarse para enjuiciar a las personas por la propagación de una enfermedad en forma intencional o por negligencia. Las personas que afirman que son portadoras de un virus y luego tosen intencionalmente sobre las demás o escupen encima de ellas son acusadas de agresión y daños físicos graves.

En algunos países, también puede caratularse como amenaza terrorista. En Estados Unidos, es posible que un individuo que contagie a otro a propósito sea perseguido por la ley antiterrorista. El coronavirus puede entenderse como “agente biológico”, y el Estado tiene la facultad de aplicar la “ley patriótica” para impedir los crímenes asociados a ella.

En ese caso, el nuevo coronavirus se entendería como una especie de arma contra los estadounidenses²⁴

-

.

Cuánto vale la vida

LA PANDEMIA ABRIÓ UNA serie de cuestiones éticas en relación con el acceso a los cuidados de la salud; en especial, se puso en primer plano la cuestión del acceso a los respiradores. En el debate de a quién poner respirador y a quién no, recordé que hace unos diez años estuve en una sesión de la comisión de ética de uno de los grandes hospitales chinos. Entonces, los integrantes chinos y europeos de un equipo de investigación sobre las perspectivas legales y éticas del desarrollo de la biociencia en China redactamos conjuntamente el borrador de un código de ética para el cual colaboraron filósofos y sociólogos, además de científicos y médicos. La investigación fue financiada por la Unión Europea, porque para Europa era clave que también en China se aplicaran normas de igual rigor con relación a cómo la ciencia puede utilizar las células humanas, qué pruebas pueden llevarse a cabo en humanos y demás. Sin tales normas podría ocurrir que investigadores europeos comenzaran a desarrollar investigaciones cuestionables desde el punto de vista ético en China. En los debates acerca del valor de la vida humana, cuándo comienza la vida, con qué finalidad investigativa pueden usarse células madre humanas, gametos o cigotos, con los colegas chinos estábamos muchas veces en veredas opuestas. Grossó modo, su definición de sujeto era mucho más pragmática que la definición de los europeos. Por eso, también, en China había menos obstáculos para la investigación con células humanas.

Para que los europeos viéramos cómo eran los debates sobre temas de ética en los hospitales de China, nos invitaron a una reunión al azar de la comisión de ética. Ese día, la comisión iba a tratar el caso de una muchacha con insuficiencia hepática, cuya vida intentarían salvar con el trasplante de una parte del hígado de su hermana menor. La habitación en la cual se iba a decidir esto estaba llena de médicos en guardapolvos blancos, y había también un psicólogo y un especialista en cuestiones éticas. Yo esperaba que cada médico presentara el cuadro clínico desde el punto de vista de su especialidad y que el psicólogo dijera algo acerca del aspecto emocional de la donación de una parte de un órgano. Pero el equipo se ocupó una hora entera solo de las cuestiones financieras del procedimiento. El problema no era el monto de la operación, sino la situación financiera de largo plazo de la familia, que en caso de que se

aprobara la operación estaría obligada de por vida a pagar a las dos hijas los medicamentos que les harían posible la supervivencia. Entre los miembros de la comisión, circularon documentos sobre los ahorros de la familia, se calcularon los precios de los medicamentos, pero sobre el valor de la vida en sí no se dijo una palabra.

La cuestión del valor de la vida humana se ha puesto de manifiesto en nuestros días en todos los lugares del mundo donde se ha enfrentado el COVID-19. En los países donde hubo una escalada de enfermos, se debatió sobre a quién conectar al respirador y a quién no. El dilema fundamental giró en torno a qué filosofía toman como más adecuada quienes escriben los informes de ética. Grosso modo, se trata de pensamientos distintos. Por un lado, están quienes insisten en que el principio de igualdad es el más importante. Todos los que necesitan ayuda tienen que ser tratados de la misma manera sin importar su edad o las posibles enfermedades preexistentes. En el caso de que varias personas necesitaran un mismo respirador, algunos defensores a ultranza de la igualdad elegirían incluso por sorteo. Por otra parte, están los que defienden la lógica de prioridad del “orden de llegada”. Digamos que llega al hospital una persona de 90 años poco antes que una veinteañera y que ambas necesitan respirador. Aunque la nonagenaria tiene bastantes menos probabilidades de sobrevivir que la veinteañera, la primera tendrá el respirador. Con un tercer criterio de elección, podríamos preguntarnos qué paciente es más pesado y lo salvaríamos antes que a uno más liviano. Pero la filosofía de elección sobre la que descansan muchas recomendaciones éticas —y la más extendida recientemente en el mundo— es una especie de versión del utilitarismo. Unos asocian la elección con la expectativa de vida del paciente; otros agregan como criterio la calidad de vida esperable; otros consideran a cuántas personas ayuda esta persona a la que van a salvarle la vida, es decir, qué tan reemplazable es. Digamos que con esta tercera perspectiva se evaluara si salvar la vida al director de una empresa o salvársela a una mujer jefa de familia monoparental, que es madre de tres hijos. Aunque es posible que por causa de la muerte del director la empresa se vaya a pique, este es más reemplazable que una madre cuyos hijos dependen de ella para vivir.

Tales reflexiones en abstracto sobre la selección en los casos de triaje se hacen en la teoría de la ética médica. En la realidad, las situaciones son mucho menos blanco o negro, y el uso del respirador no se considera una panacea. En la mayoría de los casos, las juntas médicas evalúan a quién puede ayudar a sobrevivir un respirador de acuerdo con su estado de salud general y el espectro de enfermedades concomitantes. En Alemania, insisten en que esa decisión

deben tomarla al menos seis ojos.

Para no caer en decisiones arbitrarias acerca de a quién asistir y a quién no, ya en tiempos de la gripe aviar en Estados Unidos el doctor Douglas White y otros colegas elaboraron una lista de recomendaciones para ayudar a sus pares en caso de que hubiera menos recursos que pacientes que los necesitan²⁵

- . Estas recomendaciones permitirían salvar a la mayor cantidad de pacientes para la mayor cantidad de años de vida, y a la vez no discriminan por invalidez ni se considera la calidad de vida esperable²⁶

Cuando los italianos comenzaron a lidiar con un número enorme de pacientes con COVID-19, sus expertos en ética confeccionaron unas recomendaciones aún más utilitaristas. La idea era considerar quién tenía mayores probabilidades de sobrevivir y quién tenía la mayor expectativa de vida, y también tratar de salvar al mayor número posible de personas²⁷

- . Estas estrictas recomendaciones utilitarias fueron resistidas por muchos médicos y, de acuerdo con los medios italianos, muchos de ellos no las llevaron a la práctica.

Entre los críticos de estos criterios fuertemente utilitarios, aparece la pregunta por la idea del valor de la vida. ¿Se entiende como valor la expectativa de vida en su extensión? ¿Dos vidas tienen más valor que una? Si en el capitalismo estamos tan acostumbrados a considerar el valor de mercado, aparece un problema cuando extrapolamos esta lógica a la relación con la salud y la vida en general.

En el capitalismo contemporáneo, los trabajadores son percibidos como un gasto; la preocupación por su salud tiene un significado secundario en muchas partes, tanto como la preocupación por un salario digno. Además, en los últimos años, en muchos países desarrollados se han reducido los medios económicos para la salud pública, y se han privatizado los servicios de salud. Las decisiones concernientes a si, en tiempos de pandemia, las personas iban a poder acceder a

los cuidados sanitarios habían sido tomadas mucho antes, por supuesto, en perjuicio de la población. También la pregunta por cuál es el valor de la vida humana tenía ya su respuesta, en tanto y en cuanto el éxito de los países se medía exclusivamente desde la óptica del beneficio económico. El “necrocapitalismo” glorificó sin pudor a las personas de determinada clase y raza. Por eso, el capitalismo se fue transformando cada vez más en “brutalismo”²⁸

-

, donde las vidas de las personas de determinadas razas o minorías, de las personas con menos medios económicos, y en muchas partes también de las personas con determinadas orientaciones sexuales son percibidas como menos valiosas.

Si hoy nos enfrentamos con el problema de una visión tan horriblemente mercantil del valor de la vida, hay también otro problema, y es que la lucha por el beneficio en realidad provocó la pandemia. En su libro Big Farms Make Big Flu²⁹

-

, el epidemiólogo estadounidense Rob Wallace analiza la relación entre las epidemias y el desarrollo económico; el aumento de la producción industrial, la intervención en la naturaleza y en especial los cambios en la producción de alimentos influyen en la aparición de enfermedades contagiosas. Para este especialista, desde hace muchos años la cuestión no es si va a aparecer algún virus peligroso, sino cuándo va a ocurrir. En su libro, publicado en 2016, analiza la gran influencia que tiene en el aumento de las epidemias la lucha por el beneficio económico de la producción agropecuaria, desde la explotación de monocultivos hasta el auge de la cría de animales en gran escala.

Una de las teorías que explican por qué el nuevo coronavirus apareció en China es que, al igual que en otras partes del mundo, en las últimas décadas, con el auge de los grandes criaderos de animales, muchos criaderos más chicos se vieron forzados a trasladar sus granjas a ubicaciones más rurales, más cercanas a los bosques. Muchos de ellos empezaron a dedicarse también a criar y vender animales de caza, que con ayuda de hábiles campañas de marketing se transformaron en apreciadas delicatessen. Los animales domésticos empezaron a estar cada vez más en contacto con los no domésticos, y así mutaron muchos virus que pasaron de los animales silvestres a los de cría. En América del Sur,

esto comenzó a ocurrir con la tala de bosques, y en África, con la proliferación de la industria minera en zonas antes escasamente pobladas, donde las personas y los animales que crían para producción también empezaron a entrar en contacto con los virus que transmiten los animales silvestres.

Los investigadores del ébola demostraron la relación entre los virus y la expansión capitalista. Este virus apareció por primera vez en 1976 en Sudán, después de que los británicos comenzaron allí con la producción a gran escala de algodón. En Guinea, el virus apareció en 2013, luego de que el nuevo gobierno del país abriera el mercado y vendiera muchas tierras a corporaciones agroalimentarias internacionales. Fue particularmente problemático el desarrollo de la industria destinada a la producción de aceite de palma, muy asociada con la destrucción del equilibrio ecológico; a la vez, la palma como monocultivo atrae a los murciélagos, que son el reservorio natural de distintos virus.

En las últimas décadas, por causa de la lucha por los beneficios, en la mayoría de los países del mundo se descuidó el sistema público de salud. Esto es válido también para China, donde ante la aparición del nuevo coronavirus quedó demostrado que el país estaba invirtiendo muy escaso dinero en salud; los médicos y el personal paramédico estaban muy mal pagos, y a la vez venía ocurriendo una gran privatización de la salud.

Al final de mi visita al hospital chino, pude ver con mis propios ojos la gran diferencia que hay en el precio de la vida de ricos y pobres. Los anfitriones nos mostraron con entusiasmo el sector VIP del hospital donde había magníficas habitaciones. Las mejores tenían una sala de estar de lujo, un gran televisor y un baño muy moderno. El precio diario era astronómico, y en todo el piso los enfermos se contaban con los dedos de una mano. Por la ventana de una de las habitaciones VIP, yo miraba los otros pabellones del hospital, que parecían una especie de cárcel y donde las personas estaban apiñadas. Esos eran los lugares para los simples mortales.

Durante la visita a China, conversamos largamente con los colegas chinos sobre el problema del turismo médico vinculado con las células madre. En efecto, allí surgieron, como hongos después de la lluvia, instituciones de dudosa reputación que prometían las más variadas curas mágicas por mucho dinero. Ni siquiera los científicos chinos podían luchar contra estas instituciones. Estas eran una fuente de dinero, y a las autoridades no les interesaba en absoluto lo que hicieran. De modo que podría ocurrir que la lucha por los beneficios abriera las puertas a un

nuevo turismo anti-COVID y que allí donde primero apareció el nuevo coronavirus fuera donde más se ganara con él también.

El robot en tiempos de coronavirus

CON LA PANDEMIA, EL desarrollo de las más diversas aplicaciones para seguir a las personas a través de sus teléfonos celulares marchó viento en popa. Para impedir la propagación del virus, muchos países utilizan diversas aplicaciones que supervisan si los contagiados respetan la cuarentena e informan sobre potenciales contagiados. Aunque este tipo de aplicaciones puede ayudar a impedir la propagación de contagios, en muchos países el problema es que el gobierno no dice con claridad quién tiene acceso a esa información, cuándo se borra esa información —si es que se borra en absoluto— y, más importante aún, hasta cuándo puede utilizarse esta forma de vigilancia.

Podemos imaginar que en algún país las compañías de seguros de salud podrían acceder a esos datos y en el futuro quienes se contagiaron deberían pagar primas más elevadas. De igual modo, en regímenes autoritarios la policía podría vigilar a sus opositores como supuestos contagiados, impedir manifestaciones y vigilar la comunicación entre las personas. Algunos creadores de aplicaciones se jactan de que con la ayuda de nuevos conocimientos en el campo de la inteligencia artificial pueden predecir los movimientos políticos en los gobiernos, y qué podría pasar si algún régimen comenzara a pensar en usar la información que ha recabado a causa de la pandemia para mantenerse en el poder.

La inteligencia artificial no interfiere solo con el problema de la privacidad, sino que además, de forma más o menos visible, cambia la vida totalmente con una velocidad excepcional. En la crisis económica que se desencadenó, el cierre de fábricas, comercios y restaurantes no habría alcanzado para llegar a la pérdida de puestos de trabajo si no fuera porque la pandemia aceleró también la sustitución de personas por máquinas. Ante el peligro de contagio, en muchos casos esto es lógico. Tomemos por ejemplo un comercio. Por qué habría de arriesgarse a que cajeras mal pagas se contagien si podrían sustituirse en mayor número por cajas automáticas. En algunos lugares en Eslovenia, ya hay hornos automáticos para pizzas que se instalan en lugares públicos. Si podemos esperar que la pizza además de robótica sea sabrosa, muchas personas la comprarán encantadas, aunque esto signifique la pérdida del empleo para pizzeros, mozos o encargados de entregas a domicilio.

En los parques de la ciudad de Singapur, los robots reemplazaron a los guardianes. La empresa Boston Dynamics desarrolló un robot que luce como una especie de perro amarillo y observa a través de cámaras y sensores si las personas se mueven en el espacio público demasiado cerca unas de otras. Cuando el robot nota que alguien traspasó el distanciamiento recomendado entre personas, le advierte al individuo con un mensaje grabado. En Singapur, debieron convencer a las personas de que el uso del robot era solo para advertir a los infractores, y no para recabar información sobre ellos.

En la ciudad británica Milton Keynes, los habitantes están encantados con los robots que les entregan a domicilio la mercadería comprada en los comercios. La empresa Starship hace ya unos años que ha puesto en el mercado pequeños vehículos robots que parecen un cochecito de bebé más profundo y con seis ruedas, tapa y antena con una pequeña banderita roja. En los meses de cuarentena, la demanda de estos robots aumentó extraordinariamente, y solo en Milton Keynes setenta robots realizaron más de cien mil entregas a los clientes en marzo de 2020³⁰

-

.

La empresa ofrece la entrega gratuita a los trabajadores de la salud, y puesto que algunos de ellos trabajan más de ochenta horas por semana, están encantados de no tener que ocuparse de las compras y el acarreo de los productos de consumo doméstico. Los habitantes de Milton Keynes se acostumbraron rápidamente a los pequeños cochecitos blancos que van solos por las calles. La gente de las zonas más alejadas de la ciudad empezó a consultar si el robot llegaba hasta sus domicilios también, y la empresa dice que le cuesta abastecer los pedidos. Los fabricantes de robots se frotan las manos, por supuesto.

Ya hace algún tiempo, Amazon está probando el uso de robots para la entrega de paquetes en algunas partes de Estados Unidos. Sus ganancias aumentaron de forma excepcional con la pandemia. Los trabajadores de sus almacenes vienen advirtiendo a la dirección de la empresa que están mal protegidos contra el virus, que muchos van a trabajar enfermos porque no les reconocen licencia por enfermedad y porque si se ausentaran de sus puestos perderían el empleo. Muchos trabajadores que hicieron públicos sus reclamos de mejores condiciones laborales perdieron el trabajo. Incluso la firma de petitorios puede ser razón de despido. La dirección de Amazon rechaza duramente las críticas. Aunque

reconocen que las ganancias aumentaron mucho, dicen que a fin de cuentas no será tanto, porque tienen un gran desembolso con el aprovisionamiento de barbijos para sus trabajadores. Lo que por supuesto puede ocurrir es que la empresa los sustituya rápidamente con robots. Estos trabajan noche y día, no ocasionan gastos en elementos de protección y no se toman licencia por enfermedad.

En 2020, China produjo y compró la mayor cantidad de robots en el mundo. En tiempos de pandemia, comenzaron a usarlos en distintas formas, tanto para limpiar las calles como para desinfectar lugares públicos. Pero, sobre todo, China está automatizando la producción industrial a gran velocidad. Con la reapertura de las fábricas, apareció el problema de cómo garantizarse los trabajadores necesarios. Muchos no podían llegar a sus lugares de trabajo por la enfermedad o por la circulación limitada del transporte público. En muchas partes, la rápida introducción de la automatización solucionó ese problema, pero, por supuesto, los trabajadores se quedarán sin empleo.

El aislamiento también abre la puerta para robots de uso personal. Durante la cuarentena, aumentó la demanda de robots que aprovisionaran de alimentos a los infectados o a las personas solas, que limpiaran los departamentos o les hicieran compañía. Conor McGinn, especialista en robótica en Trinity College en Dublín, comenzó a investigar hace tiempo la forma en que los robots pueden ayudar a los residentes de los hogares de ancianos. Junto a la empresa Ankara Robotics, desarrollaron el robot Stevie, cuya función principal es mitigar la soledad de las personas en estos hogares. El robot está programado para relatar cuentos, jugar juegos de mesa, conducir grupos de práctica de distintas ejercitaciones, bajo el supuesto de que así los residentes se sentirán mejor³¹

-

.

Hace dos años, se comenzó a investigar cómo Stevie podría ayudar a prevenir contagios en los hogares de ancianos. En colaboración con especialistas del Departamento de Microbiología, los ingenieros en robótica comenzaron a explorar formas de equipar al robot con luz ultravioleta, que tendría el poder de destruir patógenos nocivos y a la vez es segura para la salud de los residentes y el personal. Cuando apareció el nuevo coronavirus, en lugar de agregar a Stevie la función de desinfección, decidieron desarrollar un nuevo robot, Violet, cuya tarea es fundamentalmente la destrucción de virus. En estos días, muchas otras

empresas en el mundo desarrollan robots para la desinfección de hospitales y demás espacios públicos.

En un hospital de Wuhan, en los tiempos más difíciles de la pandemia, se utilizaron con éxito robots para la limpieza, desinfección y supervisión de los signos vitales de los enfermos de una de las salas.

En la lucha contra el coronavirus, la ayuda de las Naciones Unidas a Ruanda fue el envío de cinco robots fabricados por la empresa belga Zora Bots. Estos robots toman la temperatura del paciente, pueden advertir que alguien no está usando barbijo y también pueden notar alteraciones en el aspecto clínico del individuo y en su voz, además de suministrar alimentos y medicación a los contagiados.

En Japón, los estudiantes que estaban en cuarentena y por lo tanto no podían asistir a la entrega de diplomas participaron del evento a través de robots que hicieron posible su “telepresencia”. En lugar de cabezas, los robots tenían pantallas a través de las cuales aparecía el estudiante por Zoom desde su cuarentena. Los robots estaban cubiertos con la toga de egresados y llevaban el birrete en la cabeza. En lugar del estudiante, que no estaba en el evento, ellos recibían el diploma en este atuendo solemne. La importancia que tiene para los estudiantes participar de rituales como la entrega de diplomas, aunque sea con la ayuda de un avatar, se revela en el hecho de que en China, en Nankín, fueron los mismos estudiantes quienes construyeron los robots que recibieron el diploma en lugar de ellos en el acto universitario.

La idea rectora del uso de los robots siempre ha sido que sustituyan a las personas en la ejecución de tareas demasiado pesadas, peligrosas o tediosas para los humanos. Los robots están destinados también, por supuesto, a combatir el tedio. En tiempos de cuarentena, asimismo se frotan las manos los fabricantes de robots de uso sexual. Un fabricante comenzó a promocionar estos robots como inofensivos para la salud, porque supuestamente están hechos de un material especial antibacteriano. Gracias a la inteligencia artificial, los muñecos robot más nuevos cambian la expresión del rostro para que el usuario tenga la sensación de que el muñeco expresa estados anímicos.

El ingeniero japonés Hiroshi Ishiguro se ha dedicado con pasión desde hace más de diez años al problema de cómo hacer que un robot exprese estados anímicos; en una tienda de Tokio, colocó una muñeca robot que se veía como una muchacha joven³²

. La muñeca estaba sentada en una silla mirando abstraída su teléfono inteligente y casi todo el tiempo ignoraba a los visitantes que se acercaban a observarla. La muñeca expresaba distintos estados, como si reaccionara a los textos en su teléfono, y de vez en cuando miraba a sus espectadores y sonreía. Ishiguro cree que los sentimientos humanos, como el amor romántico, no son más que respuestas a estímulos, y que, si se perfecciona cada vez más la mimética de la muñeca, con los sentimientos que ella expresa se puede manipular a las personas. El ingeniero quería que las personas desarrollaran un vínculo tan fuerte con la muñeca como para imaginar que ella lee los mensajes que ellos le envían y que sonríe para expresar sus sentimientos. Ishiguro soñaba con perfeccionar la muñeca tanto como para que las personas llegaran a enamorarse de ella. No es difícil imaginar que desarrollarían una confianza tal que le contaría sus más variados secretos.

Hace algunos años, los investigadores Danielle Knafo y Rocco Lo Bosco³³

entrevistaron a personas que tenían muñecas robot de compañía en su casa. Descubrieron que mucha gente se fascina con estos objetos, pero los perturba no poder hablar de su inclinación a ellos, porque temen que los demás los condenen. En estos tiempos de vigilancia generalizada, estaría bien que se preguntaran lo que la muñeca puede hablar con otros, es decir, qué datos del individuo recaba, porque es posible que en el futuro el robot se vuelva un espía de gran utilidad.

Nuevos códigos de comportamiento

LA LUCHA CONTRA EL coronavirus promueve nuevos códigos de comportamiento. Por ejemplo, si mientras paseamos nos encontramos con alguien, vamos a hacer un gran rodeo; es muy posible que para no diseminar el virus no saludemos a la persona. Hasta puede que nos demos la vuelta, miremos hacia el suelo o hagamos de cuenta que no nos hemos cruzado con nadie. El respeto por el distanciamiento recomendado de dos metros disparó una verdadera “danza” en los movimientos, con la que las personas comunicamos con nuestro lenguaje corporal las reglas de comportamiento no escritas.

Cuando en los medios se consulta a especialistas cómo advertirle a alguien que no respeta el distanciamiento, sus respuestas en general son que hay que advertir al “infractor” que el respeto por el distanciamiento contribuye a evitar el contagio propio y ajeno. Supuestamente, con esos métodos delicados se provoca en el infractor un sentimiento de preocupación por la propia salud, pero claro que puede suceder que el individuo se enoje por la advertencia o que esta lo impulse a actuar con una agresión aún mayor.

A fines de abril de 2020, en Estados Unidos empezó a haber también manifestaciones contra la cuarentena. Muchas de ellas fueron apoyadas por ricachones conservadores, es decir, grupos políticos que a través de la web instigaban a la gente a la desobediencia. Pero algunas personas que se unieron a estas manifestaciones estaban en la calle por causa de la pobreza. Por la cuarentena, no podían trabajar ni mantener a sus familias.

En bastantes países, los partidos en el poder muestran indignación hacia los que estuvieron en el poder antes que ellos por haberles dejado las arcas vacías de equipos de protección sanitaria. El presidente estadounidense Donald Trump culpó a Barack Obama por la falta de equipos de protección, aunque él mismo estaba en el poder desde hacía más de tres años antes de que comenzara la pandemia.

En distintas partes del mundo se aprovechó la crisis sanitaria para el ajuste de cuentas político. Muchos actores políticos competían ostentando en público un éxito mayor que sus adversarios en la lucha contra el virus. En Afganistán, los

talibanes se fotografiaban con barbijos. Tomaban la temperatura a la gente y les enseñaban a lavarse las manos³⁴

-

. Todo para probar que eran más exitosos que el gobierno en la lucha contra la pandemia. Los miembros de los países islámicos también se mostraron como grandes combatientes contra el virus. Algo parecido ocurrió en México, donde con un presidente que ignoró la pandemia los carteles de narcotráfico se mostraron como grandes combatientes que andaban con barbijo y tomaban la temperatura³⁵

-

. También en Brasil el crimen organizado comenzó una lucha contra el coronavirus para demostrar que estaba mejor organizado que el gobierno oficial, que negaba la pandemia³⁶

-

. Algo más alocado ocurrió en Colombia, donde extremistas vinculados al Ejército de Liberación Nacional (ELN) anunciaron que algunos deberían morir para poder salvar la vida. Castigaron duramente a quienes no respetaban las reglas de la cuarentena y a quienes no llevaban barbijo.

Pero el discurso de la amenaza y el castigo solo fue característico de las organizaciones extremistas. Muchos países eligieron una forma autoritaria de comunicar la información acerca de qué estaba permitido y qué no. Esa manera de transmitir la información puede al comienzo conseguir la sumisión, pero rápidamente puede ocurrir que aquellos a quienes se trata como púberes dísculos que todo el tiempo hay que corregir se rebelen. También puede ocurrir, como señala el inmunólogo Alojz Ihan, que por causa de las órdenes autoritarias las personas dejen de pensar con su propia cabeza, que no se apropien de esas medidas, sino que las consideren como algo impuesto desde afuera y entonces continúen exigiendo más órdenes sobre lo que está permitido y lo que está prohibido. “La relación con la autoridad que en general prohíbe implica que quien no tiene autoridad quiere órdenes para cumplirlas solo formalmente, y se arroga el derecho de oposición y está disconforme con las normas. De este modo, tenemos enfrente a una persona que no está dispuesta a pensar sola, sino a obedecer”³⁷

-

Agradecimientos falaces

EL DISCURSO AUTORITARIO QUE predominó en la lucha contra el virus — la lucha contra la pandemia se llamó “guerra”— tiene una historia en la relación de la sociedad con las enfermedades infecciosas en general.

En la década de 1970, en Estados Unidos estaba muy presente la idea de que se iba a lograr vencer a las enfermedades infecciosas. Los estadounidenses le declararon también “la guerra” al cáncer, pues existía la convicción de que con el aumento del presupuesto en la investigación y la cura del cáncer esta enfermedad iba a dejar de ser una de las principales causas de muerte de la población. Del mismo modo, en aquel tiempo existía la convicción de que el veloz desarrollo de las vacunas evitaría las enfermedades infecciosas de origen viral. Este optimismo estaba relacionado con el éxito de los antibióticos, los cuales cambiaron completamente la mirada sobre los contagios bacterianos en el mundo desarrollado. Menos de tres décadas más tarde, ese optimismo comenzó a debilitarse tanto por la aparición de bacterias resistentes a los antibióticos como por causa del terrorismo islámico.

En 2004, tres años después del ataque al World Trade Center, la administración Bush anunció una estrategia nacional para la protección contra amenazas biológicas. El Congreso estadounidense aprobó el llamado Proyecto Escudo Biológico, que destinó 5.600 millones de dólares para la compra y almacenamiento de vacunas y otros medicamentos en caso de ataque bioterrorista y para nuevas investigaciones en el campo de las amenazas biológicas. El gobierno también se garantizó el derecho de ignorar la legislación existente sobre medicamentos en caso de amenaza nacional³⁸

En un discurso público, el presidente George Bush se preguntaba si la próxima amenaza vendría de un ataque biológico planeado o de infecciones, resistentes a los medicamentos, que se habían propagado por los hospitales. Las enfermedades infecciosas y el bioterrorismo comenzaron a ser tratados como un peligro similar. Se estableció una nueva relación entre la biomedicina y el

Ejército, lo cual propició también el aumento de los presupuestos para investigación.

Cuando la guerra contra el terrorismo comenzó a entenderse en el marco de ataques bioterroristas, aparecieron nuevos cambios conceptuales en la percepción de la infección, los virus y la idea de inmunidad. “Virus” empezó a ser una idea importante para pensar y escribir sobre diversos peligros y en particular sobre sucesos o comportamientos imprevisibles y contagiosos. Se habló de ideas que se extienden como virus, y de preparación inmunitaria de los países para ataques del exterior, también de problemas autoinmunitarios de las sociedades que se encontraban en camino de su autodestrucción³⁹

. A la vez, la idea de inmunidad comenzó a usarse para designar el privilegio legal de los políticos y el tratamiento especial de los diplomáticos.

Actualmente, el discurso político que habla de infección e inmunidad está fuertemente anclado en la sociedad. Junto al aumento de la vigilancia social, la militarización de las sociedades y, en algunas partes, también el crecimiento de la violencia policial, con la aparición de la pandemia se sentaron asimismo las bases para un comportamiento autoritario en la lucha contra el nuevo virus.

El sociólogo estadounidense Alexis Shotwell subraya que por eso, y como alternativa al modelo militar y policial de la lucha contra el virus, es necesario instalar un modelo con base en la idea de cuidado. El cambio en el comportamiento de las personas ocurre cuando estas dejan de pensar en que, en primer lugar, deben cerrarse y protegerse a sí mismas contra el virus y comienzan a pensar que con su comportamiento deben intentar proteger a los demás. El uso del barbijo o el respeto del distanciamiento se vuelven cosas que hacemos para no contagiar a los que nos rodean⁴⁰

. El hecho de quedarse en casa y respetar la restricción a la libre circulación no debe entenderse solo como protección para uno mismo, sino también como un gesto de generosidad.

Los agradecimientos a los trabajadores de la salud y a todos los que debieron trabajar para que la sociedad siguiera funcionando durante la pandemia también deberían ostentar generosidad: las personas deberían luchar por mejores

condiciones para los trabajadores de la salud, por un mejor salario y sobre todo por la conservación del sistema de salud pública. Esto es lo opuesto del agradecimiento militar con vuelos de aviones de combate que ocurrió en distintas partes del mundo, desde Estados Unidos hasta India⁴¹

-

, y también en Eslovenia. En Estados Unidos, el presidente Trump anunció los vuelos en agradecimiento al personal de salud a fines de abril de 2020, cuando en este rico país, por el gran fiasco en la gestión de la pandemia, ya había más muertos que en tiempos de la guerra de Vietnam⁴²

-

. En agradecimiento a los trabajadores de la salud, primero empezaron a sobrevolar las ciudades estadounidenses aviones militares; una semana después, la compañía Jet-Blue dio un espectáculo similar: puso tres aviones de pasajeros en vuelo bajo sobre la ciudad de Nueva York. Aunque el alcalde, Bill de Blasio, instó a los trabajadores de la salud a salir de los hospitales y contemplar al aire libre el agradecimiento, muchos de ellos rechazaron la sugerencia. La población dio cuenta en las redes sociales de la indignación general por semejante forma de tirar el dinero a la basura y contaminar el aire. El insopportable ruido de los aviones en vuelo bajo recordó a muchos la experiencia traumática del ataque al World Trade Center de 2001⁴³

-

Alguien escribió también que, si los aviones no eran para arrojar a la gente barbijos N95 y otros equipos de protección sanitaria, entonces los vuelos eran una mala forma de luchar contra el virus⁴⁴

-

En buena parte del mundo, los trabajadores de la salud comenzaron a rebelarse a los aplausos con los que la opinión pública agradecía su trabajo. El aplauso daba la sensación de que las cosas funcionaban y de que con este gesto, por lo demás amable, la población en realidad estaba propiciando que el gobierno no tuviera que ocuparse de los problemas fundamentales en la salud. En muchos lugares, los dirigentes se unían al aplauso como si no fueran responsables de la difícil

situación: además de la falta de equipamiento de protección, los trabajadores de la salud estaban muy mal pagos y en muchas partes dejaron sus vidas por causa de la mala organización estatal de la salud y por la falta de preparación para una pandemia. El premier británico Boris Johnson, que negó por mucho tiempo el peligro de la pandemia y llevó muy mal al país en ese período, fue blanco de críticas en especial cuando por las noches aplaudía a los trabajadores de la salud ante su residencia⁴⁵

-

.

#

Ya en 1994, la periodista estadounidense Laurie Garrett pronosticó la aparición de nuevas grandes pandemias. En su libro *The Coming Plague: Newly Emerging Diseases in a World Out of Balance*, dice que las personas a menudo tienen la sensación de que la historia les sucede a “otros” o que sucede en el pasado, y ellos están de algún modo fuera de ella⁴⁶

-

. Muchos aspectos de la historia son en efecto imprevisibles o, mejor, previsibles solo hacia atrás, como por ejemplo la caída del muro de Berlín. Sin embargo, cuando se trata de la aparición y propagación de enfermedades contagiosas, podemos prever el futuro. Por eso Laurie Garrett escribió ya en la década de 1990 que la historia de nuestra época estaría marcada por las epidemias que se extenderían por el mundo y por nuevas enfermedades que pasarían de los insectos u otros animales a los humanos por la destrucción que los humanos provocan en el entorno natural.

En tiempos del nuevo coronavirus, Laurie Garrett fue bombardeada a preguntas para que pronosticara lo que iba a ocurrir después de esta pandemia. Aunque no quiso predecir el futuro ni que se la considerara una especie de Casandra de la nueva era, afirmó que las personas no iban a seguir observando tranquilamente el aumento de las desigualdades sociales. Puesto que ya era evidente que los ricos iban a aprovechar la pandemia para enriquecerse aún más, era de esperar

que aquellos que se quedaran sin empleo se rebelaran tarde o temprano ante el aumento de las desigualdades. Si esta rebeldía puede llevar a cambios sociales drásticos, si la pandemia puede llevar a un mejoramiento de la situación ambiental y si junto a todo lo anterior puede mantenerse también la democracia, ya son preguntas a las cuales no es fácil responder de manera afirmativa.

Obras citadas

ALFORD, Henry, ‘What Would Freud Make of the Toilet-Paper Panic?’, The New Yorker, en: <https://bit.ly/3KpcFJ5>

-

BLICKLEY, Leigh, ‘The Strategy Behind All Those Coronavirus Ads You’re Seeing’, HuffPost, 9 de abril de 2020, en: <https://bit.ly/3ZWFnXz>

-

BARRETTTO BRISO, Caio y Tom Phillips, ‘Brazil Gangs Impose Strict Curfews to Slow Coronavirus Spread’, The Guardian, en: <https://bit.ly/41gFtdG>

-

BURKE, Elaine, ‘Irish Start-up Tests Its Coronavirus Disinfection Solution with HSE’, Silicon Republic, en: <https://bit.ly/3Gsgo7G>

-

COOPER, Melinda E., *Life As Surplus: Biotechnology and Capitalism in the Neoliberal Era*, Seattle, University of Washington Press, 2008

-

CRISPIN, Jessa, ‘Corona Rage Is Boiling over. To Ease Tensions, Masks Should Be Mandatory’, The Guardian, en: <https://bit.ly/40XFPWG>

-

FREUD, Sigmund, *Metapsicología*, traducción de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2016.

FREUD, Sigmund, Psicología de las masas y análisis del yo, traducción de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2016.

GARRETT, Laurie, The Coming Plague: Newly Emerging Diseases in a World Out of Balance, Londres, Penguin, 1995.

GERSTEIN, Josh, 'Those Who Intentionally Spread Coronavirus Could Be Charged as Terrorists', Politico, en: <https://politi.co/3o0S868>

-

GHOSHAL, Devjyot, 'With Fighter Jets and Army Bands, India's Military Thank Health Workers', Reuters, en: <https://reut.rs/3Un6WYO>

-

HERN, Alex, 'Robots Deliver Food in Milton Keynes under Coronavirus Lockdown', The Guardian, en: <https://bit.ly/3Gx9Nsn>

-

JACKSON, Craig, 'Psychology of Why Some People Are Deliberately Spitting, Coughing and Licking Food in Supermarkets', The Conversation, en: <https://bit.ly/3muiFYZ>

-

JAMISON, Leslie, 'Since I Became Symptomatic', The New York Review of Books, en: <https://bit.ly/3zMUIVY>

-

KNAFO, Danielle y Rocco Lo Bosco, The Age of Perversion, Nueva York, Routledge, 2016.

KORNFIELD, Meryl, ‘Three People Charged in Killing of Family Dollar Security Guard over Mask Policy’, Washington Post, en:
<https://wapo.st/3ZPZJ4E>

-

KUMAR, Ruchi, ‘Taliban Launches Campaign to Help Afghanistan Fight Coronavirus’, en: <https://bit.ly/3KP3inA>

-

KUTIN Lednik, Andreja, ‘Alojz Ihan: Če imunosti ni, imamo enega večjih problemov človeštva’, Večer, en: <https://bit.ly/3ZZ8SYJ>

-

LATOUR, Bruno, ‘Imaginer les gestes-barrières contre le retour à la production d'avant-crise’, AOC, 30 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3KN8bgE>

-

LÜBBE Weyma, ‘Corona Triage: A Commentary on the Triage Recommendations by Italian SIAARTI Medicals Regarding the Corona Crisis’, VerfBlog, 16. 3. 2020, en: <https://verfassungsblog.de/corona-triage-2>

-

MAR, Alex ‘Modern Love: Are We Ready for Intimacy With Robots?’, Wired, en: <https://tinyurl.com/2p8dt4kp>

-

MBEMBE, Achille, Brutalisme, París, La Decouverte, 2020.

MBEMBE, Achille, ‘Le droit universel à la respiration’, AOC media - Analyse Opinion Critique, en: <https://aoc.media/opinion/2020/04/05/le-droit-universel-a-la-respiration>

-

-

MBEMBE, Achille, *Necropolitics*, Durham, Duke University Press, 2019

MICHALSEN, Andrej et al., ‘Interprofessional Shared Decision-Making in the ICU: A Systematic Review and Recommendations From an Expert Panel’, *Critical Care Medicine* 47 (9), 1258-1266, septiembre, 2019.

-

MURPHY, Simon, ‘Tributes Paid to Cab Driver Who Died of Covid-19 after Being Spat At’, *The Guardian*, en: <https://tinyurl.com/54kvxm5d>

-

MUTSAERS, Inge, *Immunological Discourse in Political Philosophy: Immunisation and Its Discontents*, Londres, Routledge, 2020.

-

NIR, Osnat y otros, ‘Post-COVID Israel: More Cars and Remote Work, Less Time at the Mall’, en: <https://tinyurl.com/2vrr97kr>

-

O’CONNELL, Oliver, ‘US Navy and Air Force Planes Fly over New York in Tribute to Health Workers’, *The Independent*, en: <https://tinyurl.com/6k58796x>

-

PORGE, Erik, ‘Aux confins du confinement, le sujet’, en: <https://tinyurl.com/bdey9fht>

-

PRECIADO, Paul B. ‘Corona fashion’, *Libération*, 8 de mayo de 2020, en: <https://bit.ly/3ZUP2Oq>

-

RANDHAWA, Ravinder, ‘No, I Won’t Be Clapping For Our Carers – And You Shouldn’t Either’, HuffPost, en: <https://bit.ly/3Uq9Gob>

-

RITSCHEL, Chelsea, ‘JetBlue Sparks Outrage with Planned Low-Altitude New York City Flyover’, The Independent, en: <https://bit.ly/3ZQLTPy>

-

SCHNEIDER, Sally, ‘Practical Ways to Alleviate Toilet Paper Anxiety and Hoarding’, Improvised Life, en: <https://bit.ly/3Gsasvl>

-

SHOTWELL, Alexis, ‘Containment vs Care’, en: <https://bit.ly/3MwxAMR>

-

SHOTWELL, Alexis, ‘The Virus Is a Relation’, en: <https://bit.ly/41yz9OX>

-

SOARES de Moura Costa Matos, Andityas y Francis García Collado, El virus como filosofía, Barcelona, Bellaterra, 2020.

STEKETEE, Gail y Randy Frost, Stuff: Compulsive Hoarding and the Meaning of Things, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2010.

TE, Ella, ‘Blue Angels, Thunderbirds To Fly Over Multiple Cities To Thank Health Care Workers’, en:
<https://www.cbsnews.com/baltimore/news/coroanvirus-blue-angels-thunderbirds>

-

WALLACE, Rob, ‘Big Farms Make Big Flu: Dispatches on Influenza, Agribusiness, and the Nature of Science’, Nueva York, Monthly Review Press, 2016.

WEAVER, Matthew y Vicram Dodd, ‘UK Rail Worker Dies of Coronavirus after Being Spat at While on Duty’, The Guardian, en: <https://bit.ly/41fJgaZ>

WHITE, Douglas B. y Bernard Lo, ‘A Framework for Rationing Ventilators and Critical Care Beds During the COVID-19 Pandemic’, JAMA 323 (18): 1773-1774, 2020, en: <https://jamanetwork.com/journals/jama/fullarticle/2763953>

WILLIAMS, Sophie, ‘Two Furious Chinese Men Engage in a Minute-Long Spitting War’, Mail Online, en: <https://bit.ly/3MqK5tw>

WILSON, Audrey, ‘Goodbye, Government. Hello, Mafia’, Foreign Policy, en: <https://bit.ly/3Mw6xkL>

Nuestro catálogo

Nos gustaría que conocieras el resto de nuestros libros, los recorridos de lecturas posibles y las ideas que nos interesaron.

NO FICCIÓN

Doce pruebas de la inexistencia de Dios Sébastien Faure

El Falansterio Charles Fourier

El marxismo y la filosofía del lenguaje Valentín N. Volóshinov

Las maniobras del Vaticano Antonio Gramsci

Apocalipsis Karl Kraus

Teoría de la novela György Lukács

La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica Walter Benjamin

Lo cómico, la risa, la crítica. La parodia como ejercicio crítico en la revista Barcelona Hernán López Winne

Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades María Alicia Gutiérrez (comp.)

Diario de Moscú Walter Benjamin

La risa Henri Bergson

Feminismos y poscolonialidad Karina Bidaseca y Vanesa Vazquez Laba (comps.)

El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo Christian Ferrer

Lectura y crítica Raymond Williams

Postales femeninas desde el fin del mundo Karina Bidaseca y Marta Sierra

El resto indivisible Slavoj Žižek

Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social Simone Weil

Qué cómico resultaba cuando era un muñeco Guillermo Piro

La Argentina estrábica Gustavo Varela

Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas Christian Ferrer

Ensayos sobre los griegos Friedrich Nietzsche

Legados, genealogías y memorias poscoloniales Karina Bidaseca

Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos José Garriga Zucal (comp.)

Un género culpable Eduardo Grüner

La descomposición del marxismo Georges Sorel

Escritos sobre educación y política José Carlos Mariátegui

Artículos sobre Irlanda Jenny Marx

El manifiesto de los plebeyos y otros escritos Gracchus Babeuf

Ensaya sobre el origen de las lenguas Jean-Jacques Rousseau

Cadáveres frescos Horacio Quiroga

Tres Guineas Virginia Woolf

El papel del trabajo en la transformación del mono

en hombre Friedrich Engels

Las artes decorativas Oscar Wilde

La ficción calculada 2 Luis Gusmán

Correspondencia Auerbach-Benjamin

Erich Auerbach & Walter Benjamin

El surrealismo de hoy Tristan Tzara

Arte, literatura, revolución Mao Tse-Tung

Ensayos quemados en Chile Ariel Dorfman

Los estudios culturales Fredric Jameson

Ojos brujos. Fábulas de amor en la cultura de masas

Martín Kohan

La construcción de lo político en Julio Cortázar Carolina Orloff

Marcel antes de Proust Marcel Proust

La permanencia en lo negativo Slavoj Žižek

Barthes: un sujeto incierto Luis Gusmán

La insurrección en Dublín James Stephens

Una vida sin principios Henry David Thoreau

Familias póstumas Marcos Zangrandi

El fin de las pequeñas historias Eduardo Grüner

La política del modernismo Raymond Williams

Los pobres son la fuerza Ricardo Flores Magón

Feminismos y poscolonialidad 2 Karina Bidaseca (comp.)

Estrés y libertad Peter Sloterdijk

Caminantes. Flâneurs, paseantes, walkmans, vagabundos, peregrinos Edgardo Scott

Un mensaje sin código Roland Barthes

Contra la tentación populista Slavoj Žižek

Summa technologiae Stanisław Lem

La lengua en disputa Beatriz Sarlo y Santiago Kalinowski

Maestros de la escritura Liliana Villanueva

Tecnología, guerra y fascismo Herbert Marcuse

1917 Martín Kohan

El 30 de febrero y otras curiosidades sobre la medición del tiempo Olivier Marchon

Angustia Renata Salecl

Esas imbéciles moscas Luis Gusmán

Literatura de izquierda Damián Tabarovsky

Thoreau, el salvaje Michel Onfray

La filosofía de las barbas Thomas S. Gowing

Generar a Dios Massimo Cacciari

Lem. Una vida fuera de este mundo Wojciech Orliński

Atlas de micronaciones Graziano Graziani

Fobocracia Peter Sloterdijk

Me acuerdo Martín Kohan

El meridiano de París Lluís Calvo

El placer de la transgresión Renata Salecl

Rarezas geográficas Olivier Marchon

Silencio John Biguenet

La noche y la luz de la Luna Henry David Thoreau

Incandescente Anna Levin

Mamá desobediente. Una mirada feminista

de la maternidad Esther Vivas

Chocolate sin grasa Slavoj Žižek

Las epidemias políticas Peter Sloterdijk

Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres Leslie Kern

Biblioteca bizarra Eduardo Halfon

¡Goza tu síntoma! Slavoj Žižek

Utopías biopolíticas. Actualidad del pensamiento de Michel Foucault Gabriela D'Odorico (coord.)

Hachís Walter Benjamin

Apuntes sobre la supresión general de los partidos políticos Simone Weil

Tenés derecho a permanecer gorda Virgie Tovar

Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia Bård Borch Michalsen

Contacto. Un collage de los gestos perdidos Edgardo Scott

FICCIÓN

Andar ligero Emilce Strucchi

Flatland Edwin Abbott Abbott

Cuentos completos Virginia Woolf

Giacomo Joyce James Joyce

Ictiandro, el hombre anfibio Alexander Beliaev

La suma de los ceros Eduardo Rabasa

Atrapamoscas Robert Musil

Una partida de ajedrez Stefan Zweig

Vidas imaginarias Marcel Schwob

El innombrable Samuel Beckett

Molloy Samuel Beckett

Malone muere Samuel Beckett

Flaperas y filósofos Francis Scott Fitzgerald

Fall river John Cheever

Cinta negra Eduardo Rabasa

Sartre. Existencia y libertades Mathilde Ramadier

Mi abandono Peter Rock

Zazie en el metro Raymond Queneau

Dublineses James Joyce

Carta de una desconocida Stefan Zweig

Los ojos del hermano eterno Stefan Zweig

El candelabro enterrado Stefan Zweig

Mendel, el de los libros Stefan Zweig

Veinticuatro horas en la vida de una mujer

Stefan Zweig

Klickitat Peter Rock

Libro compuesto en tipografías Spectral (Production Type
y EB Garamond (Georg Duffner) distribuidas bajo licencia OFL
. Roboto Condensed, Copyright 2017, Christian Robertson, distribuida bajo
licencia Apache v2.0

Queremos hacer libros cada vez mejores, para eso necesitamos saber qué pensás.

Envianos un mail y contanos tu parecer

[**info@edicionesgodot.com.ar**](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)

O respondé una breve encuesta:

[**bitly.com/edgodot**](http://bitly.com/edgodot)

Si el libro te gustó mucho, te agradecemos que lo recomiendes.

Notas al pie

1

- . Osnat Nir y otros, “Post-COVID Israel: More Cars and Remote Work, Less Time at the Mall”, Haaretz, 2 de junio de 2020, en: <https://bit.ly/3MEoAFs>

2

- . Leigh Blickley, “The Strategy Behind All Those Coronavirus Ads You’re Seeing”, HuffPost, 9 de abril de 2020, en: <https://bit.ly/3GxSsQ2>

3

- . Alexis Shotwell, “Containment vs Care”, 7 de mayo de 2020, en: <https://alexishotwell.com/2020/05/07/containment-vs-care/>

4

- . “Trabajadores esenciales” es la denominación adoptada en la Argentina; en Eslovenia, se los llamó “trabajadores del frente de batalla”, lo cual refuerza la asociación de la pandemia con la guerra. [N. de T.]

5

- . Achille Mbembe, *Necropolitics*, Durham, Duke University Press, 2019.

6

- . Achille Mbembe, “Le droit universel à la respiration”, AOC media-Analyse Opinion Critique, 6 de abril de 2020, en: <http://bit.ly/3UvYree>

7

- . Andityas Soares de Moura Costa Matos y Francis García Collado, *El virus como filosofía*, Barcelona, Bellaterra, 2020.

8

- . Erik Porge, “Aux confins du confinement, le sujet”, Revue de Psychanalyse, 24 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3XjJa1e>

9

. Leslie Jamison, “Since I Became Symptomatic”, The New York Review of Books, 26 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3Gw4MAz>

10

. Rastko Močnik et al., Psihoanaliza in kultura, Liubliana, Državna založba Slovenije, 1981. [Ed. cast., Sigmund Freud, Psicología de las masas y análisis del yo, trad. de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2016].

11

. Matthew Weaver y Vicram Dodd, “UK Rail Worker Dies of Coronavirus after Being Spat at While on Duty”, The Guardian, en: <https://bit.ly/3nPuWaL>

12

. Simon Murphy, “Tributes Paid to Cab Driver Who Died of COVID-19 after Being Spat At”, The Guardian, en: <https://bit.ly/41ywzbJ>

13

. Craig Jackson, “Psychology of Why Some People Are Deliberately Spitting, Coughing and Licking Food in Supermarkets”, The Conversation, 29 de abril de 2020, en: <https://bit.ly/3nXr6MW>

14

- . Jessa Crispin, “Corona Rage Is Boiling over. To Ease Tensions, Masks Should Be Mandatory”, The Guardian, en: <https://bit.ly/40NqDLP>

15

- . Craig Jackson, “Psychology of Why Some People Are Deliberately Spitting, Coughing and Licking Food in Supermarkets”, The Conversation, en: <https://bit.ly/3Mrsemd>

16

- . Sophie Williams, “Two Furious Chinese Men Engage in a Minute-Long ‘Spitting War’”, Mail Online, en: <https://bit.ly/40WD6g6>

17

- . Sigmund Freud, Metapsihološki spisi, Liubliana, Studia humanitatis, 1987. [Ed. cast., Sigmund Freud, Metapsicología, trad. de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2016].

18

- . Bruno Latour, “Imaginer les gestes-barrières contre le retour à la production d'avant-crise”, AOC, 30 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3Mwk1xd>

19

- . Meryl Kornfield, “Three People Charged in Killing of Family Dollar Security Guard over Mask Policy”, Washington Post, 5 de mayo de 2020, en: <https://wapo.st/3GweeDO>

20

- . Gail Steketee y Randy Frost, *Stuff: Compulsive Hoarding and the Meaning of Things*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2010.

21

- . Henry Alford, “What Would Freud Make of the Toilet-Paper Panic?”, The New Yorker, 23 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3zSw3cp>

22

- . Sally Schneider, “Practical Ways to Alleviate Toilet Paper Anxiety and

Hoarding”, Improvised Life, en: <https://bit.ly/3MOrPKX>

-

23

-

. Henry Alford, “What Would Freud Make of the Toilet-Paper Panic?”, The New Yorker, 23 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3KKEKfl>

-

24

-

. Josh Gerstein, “Those Who Intentionally Spread Coronavirus Could Be Charged as Terrorists”, Politico, 24 de marzo de 2020, en: <https://politi.co/3Gw2gKl>

-

25

-

. Andrej Michalsen et al., “Interprofessional Shared Decision-Making in the ICU: A Systematic Review and Recommendations From an Expert Panel”, Critical Care Medicine 47 (9), 1258-1266, septiembre de 2019.

26

-

. Douglas B. White y Bernard Lo, “A Framework for Rationing Ventilators and Critical Care Beds During the COVID-19 Pandemic”, JAMA 323 (18): 1773-1774, 27 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/3ZXWSH0>

-

27

- . Weyma Lübbe, “Corona Triage: A Commentary on the Triage Recommendations by Italian SIAARTI Medicals Regarding the Corona Crisis”, VerfBlog, 16 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/40iPGFo>

28

- . Achille Mbembe, Brutalisme, París, La Decouverte, 2020.

29

- . Rob Wallace, Big Farms Make Big Flu: Dispatches on Influenza, Agribusiness, and the Nature of Science, Nueva York, Monthly Review Press, 2016.

30

- . Alex Hern, “Robots Deliver Food in Milton Keynes under Coronavirus Lockdown”, The Guardian, en: <https://bit.ly/40VARtH>

31

. Elaine Burke, “Irish Start-up Tests Its Coronavirus Disinfection Solution with HSE”, Silicon Republic, 16 de marzo de 2020, en: <https://bit.ly/43kx3DO>

32

. Alex Mar, “Modern Love: Are We Ready for Intimacy With Robots?”, Wired, 17 de octubre de 2017, en: <https://bit.ly/3zKMDLh>

33

. Danielle Knafo y Rocco Lo Bosco, *The Age of Perversion*, Nueva York, Routledge, 2016.

34

. Ruchi Kumar, “Taliban Launches Campaign to Help Afghanistan Fight Coronavirus”, Aljazeera, 6 de abril de 2020, en: <https://bit.ly/3KnOuec>

35

. Audrey Wilson, “Goodbye, Government. Hello, Mafia”, Foreign Policy, 22 de mayo de 2020, en: <https://bit.ly/3zIVVro>

36

- . Caio Barreto Briso y Tom Phillips, “Brazil Gangs Impose Strict Curfews to Slow Coronavirus Spread”, The Guardian, en: <https://bit.ly/3ZSz3QJ>

37

- . Andreja Kutin Lednik, “Alojz Ihan: Če imunosti ni, imamo enega večjih problemov človeštva”, Večer, 16 de mayo de 2020, en: <https://bit.ly/3ZWEePL>

38

- . Melinda E. Cooper, Life As Surplus: Biotechnology and Capitalism in the Neoliberal Era, Seattle, University of Washington Press, 2008.

39

- . Inge Mutsaers, Immunological Discourse in Political Philosophy: Immunisation and Its Discontents, Londres, Routledge, 2020.

40

- . Alexis Shotwell, “The Virus Is a Relation”, en: Upping the Anti, 5 de mayo de 2020, en: <https://bit.ly/3Uu438H>

41

. Devjyot Ghoshal, “With Fighter Jets and Army Bands, India’s Military Thank Health Workers”, Reuters, en: <https://reut.rs/3zLs4yr>

42

. Ella Té, “Blue Angels, Thunderbirds To Fly Over Multiple Cities To Thank Health Care Workers”, CBS News, 23 de abril de 2020, en:
<https://cbsn.ws/43nW2pK>

43

. Chelsea Ritschel, “JetBlue Sparks Outrage with Planned Low-Altitude New York City Flyover”, The Independent, en: <https://bit.ly/3nR6QMQ>

44

. Oliver O’Connell, “US Navy and Air Force Planes Fly over New York in Tribute to Health Workers”, The Independent, en: <https://bit.ly/43ykdsL>

45

. Ravinder Randhawa, “No, I Won’t Be Clapping For Our Carers – And You Shouldn’t Either”, HuffPost, 30 de abril de 2020, en: <https://bit.ly/41kJRIF>

46

. Laurie Garrett, The Coming Plague: Newly Emerging Diseases in a World Out of Balance, Londres, Penguin, 1995.